

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**MAQUINA
DE MATAR**

**Curtis
Garland**





**SERVICIO
SECRETO**



CURTIS GARLAND

MAQUINA DE MATAR

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.781

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

ISBN 84 02-02513-7
Depósito legal: B. 35.738 1984
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: enero, 1985
1.ª edición en América: julio, 1985

© Curtis Garland - 1985
Texto

© Tamurejo - 1985
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N 152, Km 21,650)
Barcelona 1984

CAPÍTULO PRIMERO

El día que murió Matt Walters empecé a pensar que algo oscuro y terrible estaba ocurriendo a mi alrededor.

No sabía qué, pero la muerte del bueno de Matt me lo reveló de inmediato con una súbita clarividencia que, por otro lado, no se basaba en motivo real alguno.

Después de todo, las causas de su muerte, aclaradas posteriormente por un médico forense al hacerle la autopsia, eran las más corrientes del mundo, sobre todo de nuestro enfebrecido mundo actual: fallecimiento producido por derrame cerebral.

Para un exespía de la categoría excepcional de mi viejo amigo Matt, morir de un simple derrame cerebral resultaba un fin de lo más vulgar y mediocre que pudiera imaginarse. Él había soñado siempre con tener una muerte heroica, durante el cumplimiento de alguna de sus arriesgadas misiones, como creo que siempre lo soñamos todos los que nos dedicamos a esta aperreada vida de los servicios de Inteligencia.

Aún no hace mucho tiempo podía recordar que me había hablado de eso, después de sufrir la grave lesión que le tuvo varios meses en el hospital, le reintegró luego a la vida normal hogareña en una silla de ruedas, a la que permanecería ligado forzosamente durante algunos meses más, para terminar siendo declarado parcialmente inútil y, en consecuencia, dado de baja en la Organización.

La Organización es siempre así. No tiene corazón. Sólo cerebro y ojos. Pero nada de sentimientos. Extrae lo mejor de cada uno de nosotros, y luego todo se reduce a una felicitación personal del Jefe y un dossier cerrado para siempre en los archivos, con la correspondiente pensión, a veces bastante generosa, eso sí.

Matt me había dicho ese día, mientras tomábamos una copa en no sé dónde:

—Muchacho, siempre soñé con un final digno de mi vida. Y ya lo ves: yo, que he estado luchando en las junglas asiáticas, en la selva africana, en los sórdidos callejones de Marsella o de Hong Kong, en las nevadas tierras rusas y en las doradas playas bananeras, siempre sin uniforme, jugándome la vida por una misión difícil para mi país... Ahora vivo jubilado y cualquier día me iré al otro mundo víctima de algo tan vulgar como el cáncer, el accidente de coche o el infarto.

No había sido ninguna de esas tres cosas, pero sí otra tan frecuente hoy en día como todas ellas: un simple vaso roto en el cerebro... y adiós para siempre a Matt Walters en la forma mediocre que él temía tanto.

Y, sin embargo, de inmediato tuve la intuición, el presentimiento o como se le quiera llamar, de que había algo extraño en todo aquello.

Tal vez fue porque no hacía demasiado poco tiempo que Aarón Stern había muerto y que Eric Kyle le había seguido los pasos. Tres de mis excamaradas, muertos en apenas dos semanas de plazo, eran demasiadas muertes y demasiada casualidad.

Yo nunca he creído en la casualidad, sobre todo si se produce más de una vez. Ninguno de mi profesión cree en ella realmente. Y si alguno creyó en ella, ahora debe llevar bastante tiempo muerto y enterrado.

Estuve en el funeral de Matt, naturalmente, y vi a algunos viejos amigos allí. Estaba Scott Bagley, no faltó Robín Aldriss, aunque si eché en falta a Clifford Lassiter. El propio jefe envió en su nombre a Ron Wal Guest, su eficiente colaborador en la Organización, pero como a ninguno nos caía demasiado bien, fingimos ignorarle lo más posible, con la consiguiente contrariedad para el atildado y rubio personajillo.

Estaba terminando casi la ceremonia fúnebre en la capilla, cuando vi entrar a Jinx. Y el corazón me dio un vuelco.

No sé por qué los escritores de moda se han empeñado en pintarnos a los agentes secretos como conquistadores irresistibles, en la línea de ese hortera insufrible de James Bond. Debo asegurar aquí que distamos mucho de tener tanto éxito entre las demás, y que posiblemente la famosa Mata Hari tampoco fue tan *vamp* como la leyenda asegura. Espías y militares idiotas nunca han abundado

en la proporción que señalan los tópicos, y nadie anda por ahí pregonando a cualquier fulana de buenas curvas los éxitos que ha tenido en su trabajo en cancillerías o sitios parecidos, para obtener unos planos en los viejos tiempos o minúsculo microfilm en los actuales.

Jinx era mi debilidad. Lo había sido siempre, incluso cuando tenía sólo dieciocho años y algunas pecas salpicaban su bonito rostro. Ahora tenía unos pocos más, cosa de media docena más o menos, y las pecas habían desaparecido, sus senos se habían desarrollado sin perder su arrogancia y firmeza, y todo su cuerpo era un encanto de formas, además de haber aumentado la belleza y gracia de su rostro.

Al verla, no pude evitar un recuerdo a su buen padre y viejo camarada, Jason Thorley. Jason había sido el mejor programador electrónico que conociera en mi vida, y la Organización compartía mis opiniones en ese punto. *Bertie* era la mejor prueba de su pericia y habilidad en tal campo.

Bertie era como una vieja amiga para todos. Pero en el fondo la mirábamos también con recelo. Ella lo sabía todo, lo recordaba todo, lo poseía todo, desde nuestra filiación completa hasta nuestros más pequeños vicios, desde nuestro historial hasta nuestras más secretas y fallidas ambiciones. Bertie era, naturalmente, la computadora central de la Organización, el cerebro electrónico que almacenaba en su cuerpo repleto de circuitos todos los datos que hubieran podido desencadenar una guerra mundial o, en el mejor de los casos, evitarla.

Y Bertie era la obra predilecta de Jason Thorley. Vivió y murió para ella. Todos sabíamos de su dedicación a la ingente tarea de programarla, cuidarla, mimarla, consultarla, almacenar en ella lo más mínimo junto a lo más fundamental y ultra secreto, desde la debilidad sexual de un miembro cualquiera de la Organización, hasta un *top secret* que sólo conocían el Presidente de los Estados Unidos... y Bertie, naturalmente.

Al bueno de Jason Thorley le sorprendió un infarto trabajando en su adorada Bertie, y se quedó allí, muerto en el acto, en momentos difíciles para la paz mundial. Costó encontrarle un sucesor, un buen seguidor de su tarea con la poderosa computadora, alma, cerebro y nervios y vida de toda la Organización en su estado

actual.

Ahora, Ronald Ambler hacia esa tarea, pero todos sabíamos que, pese a ser un buen técnico, distaba mucho de poder emular a su antecesor en aquel trabajo.

Y ahora tenía ante mí a Jinx Thorley, la hija del difunto Jason. Más bonita que nunca, elegante y seductora hasta el límite, incluso vestida sobriamente de gris, con traje chaqueta y un gracioso sombrero sobre su cabello dorado oscuro, para estar acorde con la naturaleza del acto que asistía. La vi enjugarse unas lágrimas con su pañuelo entre los largos dedos bien manicurados, cuando el reverendo dijo algo sobre Matt Walters y los buenos y entrañables camaradas que siempre tuvo, estuvieron ahora entre nosotros o donde ahora se hallaba Matt. Yo sabía por qué lloraba; su padre había sido uno de los buenos amigos de Matt Walters.

Al terminar el funeral me hice el contradicho con ella. No sé si resultó creíble el falso azar, pero ella sonrió gratamente, como si no le disgustara encontrarse conmigo, y sentí su cálida mano suave entre mis dedos. Sus ojos pardos sonrieron algo menos que sus carnosos labios.

—Es mala cosa encontrarse por motivos así, ¿no te parece? —comentó con cierta superficialidad, mirándome de modo que me dio la impresión de ser bastante cargada de indiferencia para mi *ego* personal.

—Desde luego —asentí—. No te vi en los funerales de Aarón ni de Eric.

Su rostro se nubló, como si no le gustara el tema de la conversación. Me dio una excusa bastante convincente:

—Estaba fuera del país por entonces, pero supe las dos tristes noticias y lo lamenté de veras, Doug —me confesó—. Ha sido un infortunio tremendo que todos ellos hayan desaparecido en tan corto espacio de tiempo...

—*Demasiado* infortunio —subrayé yo con cierta brusquedad.

Me miró como si de repente me viera por primera vez. Algo en mi voz parecía haberla sobresaltado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—No sé. Es sólo una corazonada. No me gusta esto, Jinx. La gente no suele morir tan deprisa. A este paso, la Organización se va a quedar en cuadro.

—Creí que ellos *no* estaban ya en la Organización —me señaló ella con cierto retintín, fijando en mí sus pupilas pardas, tan bonitas y profundas.

—Bueno, es igual. Estuvieron una vez, ¿no? Y fueron alguien. En dos semanas han desaparecido los tres. Me pregunto si está sucediendo algo raro...

—Siempre fuiste muy desconfiado —sonrió ella—. ¿Recuerdas cuando murió papá? Se te metió en la cabeza que podía ser un sabotaje del enemigo...

—Era para pensarlo, ¿no? Tu padre era imprescindible allí.

—Nadie lo es —rechazó ella suave, tristemente, moviendo la cabeza—. Ni siquiera papá. Ahora, otro ocupa su lugar, ¿no? Y el mundo no se ha venido abajo...

—No estaría yo tan seguro —bromeé, tratando de relajar un poco la charla—. Ambler es un mediocre; la buena de Bertie le viene grande.

—Eres demasiado duro en tus juicios sobre los demás, Doug. Nunca cambiarás —miró a su alrededor, con gesto distraído—. Tengo que volver a la emisora, Doug. Hay mucho trabajo por hacer. ¿Te llevo a alguna parte?

—Sí, gracias. Vine en taxi; ya sabes que no me gusta conducir cuando he tomado unas copas. Y hoy las tomé, para animarme a venir a todo esto. Nunca me agradaron los funerales.

—Tampoco a mí —me miró, indulgente—. Aún te recuerdo en el funeral de papá. Estabas casi ebrio, Doug. Y yo, sin embargo, en vez de reprochártelo, te lo agradecí. Sé que lo hiciste por él. De otro modo, no hubieras podido venir. Vamos, dejé el coche aparcado frente a aquellos setos. Ya me dirás adonde te llevo.

—Bajaré en tu propia emisora —dije—. Es lugar céntrico y me queda cerca de todo.

Subí a su coche y ella se puso al volante, conduciendo con su habitual serenidad y dominio. No pude evitar una ojeada a sus piernas cuando la falda se le subió hasta medio muslo en el asiento. Las tenía más bonitas que nunca.

—¿Te gusta la televisión? —pregunté, por preguntar algo, encendiéndole el cigarrillo que le había dado y prendía luego el mío.

—No está mal —admitió, exhalando el humo—. Me gusta. Es mi

trabajo. Como supongo que te gusta el tuyo, Doug.

—Más o menos. —Me eché atrás en el asiento y vi desfilar los edificios de Manhattan ante mí—. Te vi la otra noche en tu programa de actualidad. Me pareciste turbadoramente bonita. Pero ni comparación con la realidad.

—Eres adorable, Doug —rió de buena gana—. Te podría dar un beso por lo que has dicho.

—¿A qué esperas, entonces?

Se paró ante un semáforo en rojo y me besó los labios con naturalidad. Un conductor me guiñó el ojo, envidiándome sin duda. Puse una mano en su rodilla y la retiró.

—Ajá, eso no —me cortó—. Nada de romances, Doug. Somos amigos y nada más.

—Somos hombre y mujer, Jinx. Y tú me gustas.

—Tú no me disgustas a mí tampoco. Pero tengo trazado mi propio camino. No deseo apartarme de él por nada ni por nadie. Ni siquiera por ti.

—Me recuerdas a Bertie. ¿Te programó también a ti tu padre, Jinx?

—Es posible. —Me miró gravemente—. Sea como sea, me gusta ser así, eso es todo.

Hablamos algunas cosas más, pero fueron trivialidades. Jinx era como el puerco espín, pero en bonito. Se cerraba por completo al intentar intimar con ella. Me apeé ante el edificio de la emisora de televisión donde trabajaba, un robusto y feo rascacielos en pleno corazón de la ciudad.

—Me gustaría que nos viéramos otra vez, Jinx —le dije.

—Lo intentaré, pero tengo una agenda muy apretada, querido —contestó sonriéndome del mejor modo que sabía hacerlo—. Ya te llamaré.

Era como darme calabazas completas, pero lo acepté. Desde allí me dirigí a tomar un par de copas más. Ahora no quería olvidar a Matt Walters, sino los labios y las rodillas de Jinx. Y también sus muslos posiblemente.

Cené algo en un restaurante italiano, me metí a ver una película en un cine de sesión continua, que por fortuna resultó ser un viejo film de cuando el cine era realmente cine y no una mezcla de pornografía, colorines y gente hortera. Me fui a casa sin acordarme

ya apenas de Jinx o del pobre Matt.

Pero apenas me había puesto el pijama y fumaba mi último cigarrillo antes de ir a la cama, cuando sonó el teléfono y una voz angustiada me llamó apremiante:

—¡Doug, tengo que verte enseguida! ¡Es muy urgente, cosa de vida o muerte!

—Espera, espera —le contuve—. Tu voz me resulta conocida, pero así, de repente...

—Por todos los diablos, ¿es que no me recuerdas ya? Soy Cliff, tu viejo amigo Cliff... Clifford Lassiter, claro.

Maldita sea, claro que debía haberle recordado. Tal vez estaba perdiendo facultades para no identificar una voz tan conocida.

—Cliff... —le respondí—. No estuviste hoy en el funeral de Matt...

—¡Claro que no, infiernos! —bramó—. Tenía algo mucho más importante que hacer. Se trata de nosotros. *Nosotros*, Doug. El comando Q. ¿Entiendes?

Pensé si estaría chiflado. El Comando Q... Claro que lo entendía. Todos habíamos sido del Comando Q: Matt, Aarón, Eric, Cliff, Robín, yo... y Zeena.

Aparté a Zeena de mi mente y traté de concentrarme en el camarada Cliff.

—Cliff, ¿deliras? —le interrogué—. ¿A qué viene todo eso ahora?

—¿Pero es que no lo entiendes, hombre de Dios? Está bien claro... El Comando Q... Todos vamos a morir. ¡Todos, Doug! Incluso tú... Tengo que contártelo cuanto antes. Voy a tu casa ahora mismo. Espérame.

Traté de disuadirle. Imposible. Había colgado el aparato. Colgué yo también. Recordé el viejo y querido Cadillac amarillo de Cliff. Seguro que vendría en él. Era una reliquia de la que nunca prescindiría mientras viviese.

Pero sus palabras me martillaron como golpes en el cerebro. «Todos vamos a morir... Incluso tú... El Comando Q...».

Me pegué en la frente. Claro. Todos estaban muriendo *ya*. Matt, Aarón, Eric... Los tres en dos semanas. Muerte natural, sí. Pero eso me había hecho recelar algo.

Y ahora, Clifford Lassiter me decía todo aquello... ¿Estaba toco o

borracho? Siempre había bebido mucho. Pero podía haber algo de razón en sus palabras. De siniestra y oscura razón...

Los antiguos momentos, la vieja historia del heroico Comando Q acudió a mi mente, con nitidez impresionante. Traté de ver la razón de que una hipotética maldición pudiera amenazarnos a todos, y la idea me pareció ridícula.

Y, sin embargo, yo mismo había intuido algo raro al morir Matt. ¿Por qué?

Minutos más tarde, un coche penetraba en mi calle, haciendo chirriar agudamente los neumáticos sobre el asfalto. Oí ruido de frenos, un grito, un estruendo terrible de hierros retorcidos, de vidrios pulverizados...

Presa de una profunda, indescriptible agitación, corrí a la ventana para ver lo que sucedía. Me estremecí de horror.

Dos coches ardían en plena acera de enfrente, colisionados en un choque tremendo que retorció ambas carrocerías estrechamente enlazadas entre sí. Uno de ellos era un viejo y grande Cadillac amarillo...

Antes de que me retirase de la ventana, hubo una tremenda explosión en el Cadillac amarillo, que reventó en medio de una bola de fuego. Cerré los ojos, aterrado.

O mucho me equivocaba, o Clifford Lassiter acababa de morir ante mi propia mirada, sin tiempo para llegar a mi casa.

Sin tiempo para contarme lo que sabía sobre el Comando Q y lo que nos acechaba.

CAPÍTULO II

Me rodeaba un auténtico marasmo de coches haciendo sonar sus cláxones, de policías y bomberos envueltos en brillantes plásticos mojados, mangueras chorreando agua a presión o espuma, gentes agrupadas con gesto de terror o de curiosidad, luces de coches patrulla parpadeando en la noche y un clima de tensión electrizante.

Sin embargo, el resultado final de todo aquello era inevitable ya. Había logrado sacar del Cadillac amarillo lo que quedaba de Clifford Lassiter. No era mucho. Solamente un montón de ropas chamuscadas envolviendo un cuerpo calcinado, negro como el carbón, que ni su propia madre hubiera podido reconocer. Se lo llevaron en una ambulancia, pero su destino no era ya el hospital, sino la Morgue.

Me quedé allí, mirando como un estúpido el traslado del otro automovilista. Iba herido, pero decían que se salvaría pese a las lesiones sufridas en el choque. Un policía se acercó a mí, tras anotar en su agenda algo que le contara un testigo presencial del suceso.

—¿Dijo usted que era amigo del hombre accidentado? —me preguntó.

—Sí —asentí—. Venía a mi casa para charlar conmigo. Vi el accidente desde la ventana.

—Fue un accidente absurdo. Su amigo debía de estar bebido o trastornado. Se metió primero en la acera, rebotó en ella, se fue contra un automóvil que aparcaba en ese momento, lo embistió, incendiándose el depósito de combustible ante la violencia del choque y las chispas que produjo el mismo, y arrastró al otro vehículo de nuevo a la acera, arrancando de cuajo una boca de riego. ¿Siempre conducía así su amigo?

—No, no —rechacé con un suspiro—. Era muy prudente conduciendo, aunque no lo crea, agente. Y además, era abstemio.

No puedo entender lo sucedido.

—Yo tampoco. Tal vez sufrió un momento de enajenación o una crisis cardíaca, no sé. —Se encogió de hombros con indiferencia profesional—. Eso nos lo dirá el forense, claro. ¿Cómo se llamaba él?

—Clifford Lassiter.

—¿Sabe su edad?

—No exactamente. Unos cuarenta y ocho a cincuenta años, creo.

—¿Familia?

—No —moví la cabeza de lado a lado.

¿A qué se dedicaba?

Se lo dije. Enarcó las cejas, sorprendido. Me miró como si yo fuese un bicho raro y asentí:

—Sí, agente, yo también me dedico a lo mismo —le mostré una credencial con desgana—. Ambos trabajábamos para el Gobierno, pero él estaba virtualmente jubilado.

—Entiendo. —Se rascó la cabeza bajo la gorra. Aquello parecía hacer tambalear su convicción de que Clifford había sido un chiflado al volante de un viejo coche. Guardó su agenda y su bolígrafo, mirándome con cierto respeto—. Si se le necesita le llamará el jefe. Comprendo que ahora está bajo el efecto del terrible accidente de su amigo.

—Así es —afirmé, mirando largamente cómo retiraban con una grúa los restos retorcidos y negruzcos del viejo Cadillac amarillo, orgullo del bueno de Cliff—. Será mejor que vuelva a casa, agente. Me tiene a su disposición para lo que guste.

Me dejó ir sin más molestias. Me bebí dos largos tragos para digerir un poco lo ocurrido. No podía olvidar lo que Cliff me dijo poco antes de morir tan absurdamente en aquella ilógica colisión: «Todos vamos a morir. Incluso tú. Tengo que contártelo...»

Contarme, ¿qué? ¿Qué sabía él, relacionado con el Comando Q, para telefonearme con aquel angustioso apremio? ¿Por qué había muerto?

Lo cierto es que también Matt Walters estaba muerto desde hacía poco tiempo. Y Aarón Stern, y Eric Kyle... Todos ellos fueron de nuestro grupo. Del Comando Q. Ahora, se confirmaba algo en mi mente. Mis extraños presentimientos cuando murió Matt de un simple derrame cerebral. Mi temor instintivo de que *algo* sucedía.

Pero... ¿qué?

Era tarde ya. Muy tarde. Tomé sin embargo el teléfono. Marqué un número que no figuraba en ninguna guía urbana.

Una fría voz sonó al otro extremo del hilo telefónico:

—Agencia A. Identifíquese y exponga el motivo de su llamada.

—Douglas Miller —dije—. Código WX 5, clave 107F.

Un silencio. El zumbido de un ordenador me llegó nítido por el hilo. Luego, la voz respondió calmosa:

—Comprobado. ¿Informe especial?

—Sí. Directo al Jefe.

—Se lo transmitiré. Hable, Miller.

—Algo ocurre con el Comando Q. Han muerto cuatro de sus miembros. Acabo de ver morir ante mi propia casa a Clifford Lassiter. Un supuesto accidente bastante raro e improbable. Primero me avisó de que tenía algo importante que decirme relacionado con el Comando. Estaba seguro de que todos los que fuimos sus componentes moriríamos.

—¿Comando Q? ¿Tiene alguna clave especial aplicada?

—Sí —suspiré con hastío—. Clave

YZ-3008.

Otra vez el zumbido monocorde del ordenador. Y la voz de mi interlocutor, impersonal como siempre, con una respuesta insólita:

—Lo siento. Debe haber un error. La clave

YZ-3008

no está computada.

—¿Qué no está computada? —Me irrité—. ¿Qué tontería es ésta? Se ha utilizado durante años. Bertie posee los datos completos almacenados en su memoria. Basta con localizarla y...

—Está localizada —me cortó la voz secamente—. No existe clave YZ-3008, lo siento.

Me colgó así, por las buenas, sin esperar a más. La Organización funcionaba así. Si uno fallaba un dato, las suspicacias eran inmediatas y se interrumpía la comunicación. Estuve a punto de volver a llamar para mandar al diablo a mi interlocutor, pero estaba demasiado sorprendido y furioso para perder el tiempo en tonterías. Decidí esperar al otro día y comprobar por mí mismo aquel extremo en la propia Bertie, con la ayuda de Ambler.

Me acosté. No dormí apenas, y cuando lo hice fue para tener pesadillas con Cliff y su Cadillac amarillo.

Me levanté aquella mañana con mal sabor de boca, la cabeza pesada y los ojos enrojecidos e hinchados como si hubiera pasado una maldita borrachera, ni una ducha fresca alivió mi estado. Aun así, una hora más tarde estaba en la Organización, buscando la clave

YZ-3008

con la ayuda de Ronald Ambler, el sucesor del difunto Jason Thorley, el padre de Jinx.

Ronald Ambler no era una persona particularmente simpática. Gordezuelo, medio calvo y algo bizco tras sus gruesas gafas de montura de concha, hubiera podido pasar por un vulgar viajante de comercio o un tendero de pueblo, de no ser porque había algo en él que denotaba carácter, frialdad y una mente razonadora y serena.

—No es frecuente que se consulte de modo directo a Bertie, tú lo sabes —me decía, moviéndonos ambos por la enorme sala destinada a almacenar los datos de la Organización en aquel cerebro electrónico creado por Jason Thorley y mimado por él como si fuese su propio hijo hasta que murió.

—Claro. Sé que es cosa más complicada y laboriosa, pero no busco nada particularmente confidencial o que afecte a la seguridad de la Organización. Sólo se trata de unos datos en un código elemental, simples informes rudimentarios.

—Lo sé, Doug. Las claves YZ son todas de archivo consultable, por eso te permitiré que tú mismo busques ahí esos informes, sin necesidad de autorización especial de los de arriba. Después de todo, sólo trato de cumplir con mi deber, ya sabes.

—Desde luego, Ambler. Nunca te pediría nada fuera de lo correcto. Yo mismo ayudé a recopilar datos en ese informe; no se trata de ningún *top secret*. Pero hay ciertos puntos olvidados que quisiera refrescar en mi memoria.

—Muy bien. —Se detuvo ante uno de los ordenadores de gran computadora central invitándome a sentarme ante su teclado—. Tú mismo puedes servirte. Creo que sabes cómo hacerlo, ¿no?

—Sin duda —asentí—. El viejo Thorley me enseñó algunas cosas de su oficio.

—Ah, el gran Jason... —suspiró Ambler—. A su lado yo sólo soy un mal aprendiz, Doug. Fue el más grande en esto. Bertie es casi perfecta. Y fue toda ella obra suya, qué diablos. En cambio, a su chica creo que no le va esto de las computadoras.

—No, Jinx sólo gusta de un lado de la electrónica —reí—: Las cámaras de televisión.

Comencé a pulsar teclas. Una vez conseguida la localización de la banda de memoria de las claves de archivo, pasé a computar los códigos YZ. La pantalla se iluminó con cifras verdes, y anunció que estaba lista a dar información.

Pulsé el resto de teclas requeridas. La pantalla, tras un zumbido interior, comenzó a alinear palabras ante mis ojos. Me quedé estupefacto.

CLAVE

YZ-3008

NO EXISTE COMPUTADA.

NO HAY INFORMACIÓN ALGUNA AL RESPECTO

—¡No es posible! —grité, asombrado, removiéndome en el asiento—. ¡Debe haber un error! ¡Yo mismo participé en la programación de esta clave! ¡Todo el asunto del Comando Q está incluido en ese proceso de datos!

Ambler vino en mi ayuda sin mucho entusiasmo. Miró la pantalla y se frotó el mentón pensativo.

—Las máquinas nunca se equivocan, Doug —me reprochó—. Tal vez tú sí. ¿Recuerdas si es ésa la clave, exactamente?

—¡Claro que lo es! —Me enfurecí—. Tengo una excelente memoria, Ambler.

—Está bien, déjame a mí. Tal vez hubo algún error en la programación, no sé. Dame todos los datos.

Se los di, en pie a su lado. Él tecleó como yo lo había hecho. La respuesta no tardó en aparecer en pantalla. Era la misma de antes. La Clave

YZ-3008

no existía. Y, sin embargo, yo mismo, con la ayuda personal de Jason Thorley, la había dejado grabada en la memoria de Bertie tiempo atrás, cuando el Comando Q se disolvió definitivamente.

—Ya lo ves —suspiró Ambler, mirándome con ojos bondadosos

que bizqueaban terriblemente—. ¿Por qué no pruebas a recordar mejor?

—¡Vete al diablo! —Gruñí sin mucha delicadeza, dejándole plantado ante la enorme y perfecta Bertie, que esta vez no me lo parecía ya tanto.

Yo sabía que aquello no era posible. Nadie podía en la Organización borrar datos computados y memorizados. Lo que se registraba en Bertie debía permanecer en sus bancos de memoria hasta el fin de los días. Pero ahora, de repente, no era así. Alguien había manipulado la computadora, *borrando* los datos sobre el Comando Q. ¿Quién, si allí nadie podía hacer otra cosa que buscar datos, bajo control del propio Ambler?

Sólo podía discutir la cuestión con una persona en la Organización. Y eso es lo que hice, aunque me costó bastante convencer al condenado Ron Val Guest para que me dejara llegar hasta el Jefe en persona.

Pero para algo era yo Douglas Miller, uno de los mejores hombres de la Organización. Uno de mis privilegios consistía, precisamente, en poder entrevistarme con el Jefe cuando una circunstancia grave y urgente así lo requería.

Y la desaparición de unos informes tan importantes dentro del archivo de nuestras actividades era mucho más de lo que yo necesitaba para conseguir esa entrevista.

Cualquiera hubiese dicho que Osgood Bloxham era un magnate de Wall Street o un candidato a la Casa Blanca. Su alta estatura, su figura atlética, corpulenta y maciza, su cabello blanco, ondulado y sedoso, su rostro bronceado y saludable, con la nota helada de sus duros e inquisitivos ojos azules, así lo hacían pensar.

Sin embargo, Osgood Bloxham no era ni un multimillonario ni un político de primera fila. Era algo más. Mucho más. Era el Jefe. Nuestro Jefe. El cerebro de la Organización.

Me estrechó la mano calurosamente, como si se sintiera feliz de verme en su amplio y confortable despacho y fuera a subirme el sueldo de un momento a otro. Yo sabía cuán engañosa era esa apariencia. Bloxham era duro como el pedernal, no se sentía particularmente atado a afecto alguno ni concedía a sus subordinados la más leve confianza o camaradería. Sin embargo, yo

sabía que hubiera sido capaz de mover medio mundo para salvar la vida de uno solo de nosotros.

—Adelante con lo que le traiga, Doug —me invitó cordial, con aquel brillo glacial en el fondo de sus pupilas que yo conocía también—. Creo que últimamente está organizando demasiadas trifulcas aquí por motivos nimios.

—¿Motivos nimios, señor? —Me irrité—. ¿Se pueden llamar así a hechos tales como la muerte de cuatro de nuestros camaradas y la desaparición de un bloque de datos e informes memorizados en Bertie en el apartado de claves YZ?

Ni pestañeó, como si esperara mi estallido de disgusto. Se limitó a sonreír beatíficamente, hizo oscilar una de sus piernas cruzada sobre la otra y murmuró calmoso:

—Vamos, vamos, Doug, no se deje llevar por sus emociones. ¿Me habla de las muertes de sus compañeros de trabajo?

—Sí, señor. Le hablo de Matt Walters, de Aarón Stern, de Eric Kyle, de Clifford Lassiter anoche mismo...

—Todo muertes naturales —suspiró con hastío—. Ataque al corazón, derrames cerebrales, accidentes de automóvil... Ocurren cada día, en personas normales que trabajan en cosas normales, Doug.

—Es posible, señor. Pero Lassiter sabía que algo estaba ocurriendo. Anunció que todos los miembros del Comando Q moriríamos sin remedio. Y minutos más tarde, él encontraba la muerte en un accidente sin el menor sentido.

—Sé todo eso, usted se lo contó anoche a nuestra centralita —bostezó el Jefe—. ¿Qué pruebas, qué evidencias posee de todo ello, salvo los temores de Lassiter y sus propios celos?

—Ninguno, señor —admití de mala gana—. Pero lo relativo al Comando Q registrado en la computadora ha desaparecido. Es ilegal borrar datos e informes de la computadora. Sin embargo, alguien en esta casa ha borrado de Bertie todos los hechos que protagonizamos los miembros del Comando Q durante tres años.

—Lo sé —afirmó lentamente—. Ambler me ha llamado y me informó de eso. Según él, no hay la menor evidencia de que tal clave

YZ-3008

fuese programada. Y no existe nada memorizado bajo el distintivo

Comando Q.

—Nunca lo hubo. Sólo constaba como
YZ-3008.

El Comando fue cosa extraoficial, usted bien lo sabe —le miré fijamente, en un vano empeño por hacer vacilar su habitual seguridad en sí mismo.

Se limitó a asentir con vaga indiferencia, la mirada perdida en el vacío. Y de repente me dijo:

—¿Por qué no se olvida de todo esto, Doug, y se toma unas vacaciones? Puede que eso haga mucho bien a su ánimo. Está sobrecargado de trabajo últimamente.

—Muy bien, señor —me puse en pie fríamente. Sabía cuándo Bloxham quería deshacerse de alguien, ya fuese definitivamente o por un tiempo—. Pediré mi baja momentánea del servicio. Y si lo desea, lo haré de modo definitivo. Pero sigo insistiendo en que están *asesinando* a mis camaradas. Y que alguien borró los informes de la computadora, señor. Buenos días.

Me encaminé, altivo, hacia la salida del despacho. Bloxham ni se había movido de su asiento, como si aquello no fuera con él.

De repente, su voz me cazó cuando ya tenía el pomo de la puerta en la mano para salir, y me martilleó como un inesperado mazazo:

—No sea tonto, Doug, y vuelva aquí. Sólo le estaba poniendo a prueba. Estoy de acuerdo con usted. Sé que han matado a nuestros hombres, aunque no *cómo* ni por qué. Lo de la clave desaparecida en la computadora es sólo la confirmación de que está ocurriendo algo que escapa, incluso, a las previsiones mismas de la Organización. Es más, Doug, le diré confidencialmente algo terrible, que nadie sabe hasta ahora, y que va a ser usted el primer agente nuestro en conocer: en alguna parte alguien ha creado una máquina para matar. Y me temo que *esa* máquina es la que está asesinando a nuestros mejores hombres de otro tiempo, Doug...

CAPÍTULO III

—Una máquina de matar... Eso no tiene sentido al parecer.

—Sólo al parecer —suspiró Edmond Naish, de los Servicios Especiales de Inteligencia en el extranjero—. Desgraciadamente, el Jefe tiene razón. Esa Máquina de Matar existe.

—Pero existe, ¿dónde? —me interesé, estupefacto todavía.

—Si lo supiéramos... —El flaco y meditativo Naish se encogió de hombros—. Era una de las tareas primordiales de nuestros Servicios de Información, Doug. Debemos localizar el emplazamiento real de ese mecanismo diabólico.

—Pero al menos, sabréis en qué consiste la maldita máquina...

—Tampoco, a ciencia cierta. Tenemos una determinada idea, confirmada por nuestros informes, pero nada más. Un científico evadido de un país del Telón de Acero, se llevó consigo el secreto de esa máquina. Es un auténtico genio de la electrónica, una eminencia en materias relacionadas con los *scanners* principalmente. Su nombre es Ilya Zeiff.

—Ilya Zeiff —repetí, asintiendo—. Oí hablar de él alguna vez. Jason Thorley le admiraba mucho.

—Si Thorley admiraba a alguien, resultaba obvio decirte que ese alguien tenía que ser un verdadero fenómeno de su especialidad. El doctor Zeiff lo es. Perfeccionó, según parece, un ingenio cibernético capaz de emitir ondas mortales a distancia.

—Eso suena a ciencia-ficción barata —objeté con escepticismo.

—De acuerdo, pero es la pura verdad. Zeiff ha logrado construir la máquina con ayuda económica de una persona que tú también conociste bien. —Me miró con fijeza antes de añadir lentamente—: Se trata de Elton Simakk.

—¡Elton Simakk! —exclamé asombrado—. De modo que mis temores eran fundados. Vive todavía...

—Todos los indicios e informes apuntan, desde luego, en ese

sentido —afirmó Naish con expresión preocupada—. Yo nunca admití que estuviera muerto.

—Yo tampoco. Le vencimos ya en 1976. Pero podía volver en cualquier momento, estaba seguro de ello. Ese hombre tiene siete vidas, como los gatos. ¿Se conoce su paradero?

—No. Es tan desconocido como el de su terrible máquina. Suponemos que Simakk sigue siendo un apátrida, un hombre sin bandera ni ideología, que lucha en su propio beneficio y se vende al mejor postor. Ahora, con sus medios, ha logrado financiar al doctor Zeiff y éste ha construido su máquina asesina.

—Nos costó vencerle entonces —evoqué, ceñudo—. Cuando la Organización pensó que ya estaba destruido definitivamente, disolvió el Comando Q. Fue un error. Debimos seguir luchando hasta comprobar sin lugar a dudas que un tipo como Elton Simakk no era ya un peligro para nadie en este mundo. Es de esa clase de gente a quien hay que combatir a vida o muerte, sin dejarle la más mínima posibilidad de recuperación.

—Fuese como fuese, Simakk ha sido visto por agentes de varias naciones de un modo fugaz y esporádico en lugares como Moscú, Londres, Roma, Trípoli, Nicaragua o Sudáfrica. Como ves, ninguna inclinación ideológica concreta, lo de siempre. Seguro que anda buscando comprador para su terrorífico ingenio. Pero antes le exigirán una evidencia, una prueba de su efectividad.

—Y esa prueba... puede que esté llevándola ya a cabo, ¿no? —sugerí roncamente, mirándole con fijeza.

Naish afirmó despacio y me devolvió la mirada tristemente.

—Eso me temo —admitió—. Están muriendo demasiadas personas que pertenecieron al Comando Q en otros tiempos: Matt, Aarón, Eric... y ahora Cliff. No me gusta eso.

—A mí tampoco. Tal vez la prueba experimental que Simakk ha buscado para convencer a sus futuros compradores sea el exterminio de sus antiguos enemigos mortales, los componentes de nuestro Comando. Eso explicaría los temores de Cliff antes de morir.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Pero por el amor de Dios, Naish, una máquina no es un dios, por perfecta que sea. ¿Cómo se supone que puede emitir la muerte a distancia un simple ingenio electrónico?

—Estamos estudiando eso —comentó parsimoniosamente mi interlocutor, ofreciéndome un cigarrillo que rechacé—. No hay nada concreto ni probado, pero el principio de los *scanners*, aplicado a unas emisiones de ultra frecuencia como pudieran ser las de una emisora de radio trabajando en frecuencias normales, puede ser una explicación bastante elemental de sus características. Imagina un aparato capaz de emitir ultrasonidos o vibraciones especiales de una frecuencia concreta, y que esas radiaciones lleguen a su objetivo, sea éste un cerebro humano o un corazón. El *shock* produce un paro cardíaco o la rotura de un vaso sanguíneo cerebral.

¿Resultado en ambos casos? La muerte fulminante del sujeto elegido.

—Creo entender ese principio elemental, Naish, pero ¿cómo establecer el sistema de recepción? Esas ondas mortales se perderían o irían a parar a cualquier otro sujeto receptor, si no hubiese una forma concreta de dirigirlas y concretarlas.

—Tienes razón. Es algo que no nos hemos planteado, pero es evidente que existe un modo de proyectar esas ondas al sujeto elegido. No me preguntes cómo. Simakk es un tipo inteligentísimo y astuto, el doctor Zeiff es un científico experto. De esa unión puede salir cualquier cosa.

—¿Cuándo habéis tenido la primera información creíble sobre la existencia de la Máquina de Matar? —me interesé.

—Hace dos semanas en París. Un agente del DST[1] nos informó de ello. André Villard, del *Deuxième Bureau*, era un viejo adversario de Elton Simakk. Le había logrado vencer una vez en Argelia, cuando trabajaba para la resistencia argelina. Simakk no olvidó nunca esa derrota humillantes, que le hizo perder credibilidad en muchos países africanos. Un día, Villard recibió una extraña amenaza firmada por el propio Simakk. Iba a vengarse de él, decía el mensaje, causándole la muerte sin necesidad de tocarle ni de ejercer sobre él violencia alguna. Por entonces, Villard y su organismo habían recibido ya los primeros informes relativos a la fuga del doctor Zeiff de los países del Este, con los proyectos de su invento. Un agente de la KGB, muy interesado en evitar que Zeiff facilitara su creación mortífera a una potencia occidental, explicó lo relativo a la Máquina de

Matar. Villard no le había concedido aún mucha credulidad a todo ello. Y, de repente, tras recibir el mensaje amenazador, sufrió un ataque cerebral repentino en plena calle, muriendo en escasos momentos. Los médicos le localizaron un derrame irreversible. Pero antes de eso, Villard nunca había sufrido dolencia cerebral alguna, ni su estado de salud permitía nada tía imaginar nada parecido. El DST decidió investigar el asunto y facilitó datos a un agente nuestro en París de modo confidencial, para conseguir ayuda de los Servicios de Inteligencia norteamericanos.

—Entiendo —asentí, nada entusiasmado—. Una fea, horrenda posibilidad. Simakk, con un arma así en sus manos, es un peligro mundial. Es capaz de venderla a cualquiera, aunque con ello desencadene un conflicto a escala universal. Imaginemos por un momento que olvida sus planes vengativos y planea la eliminación a distancia de presidentes de Gobierno, reyes, ministros, grandes políticos o militares... El caos mundial estaría asegurado. Y tal vez la propia guerra nuclear, Naish.

—Con Simakk tras ello, todo es posible —observó pensativo—. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé. Creo que lo fundamental es dar con Simakk y su máquina, antes de que caigan más de los nuestros y que se complique la situación.

—De acuerdo. ¿Has pensado en el hecho de que tú mismo peligras mientras ese hombre pueda seguir adelante con sus proyectos asesinos a distancia?

—Por supuesto —sonreí amargamente—. Ya me lo dijo Cliff antes de morir, yo peligraba tanto como todos los demás integrantes del viejo Comando Q. Pero ése es un riesgo que siempre he asumido sin complejos, amigo mío.

—Lo sé. Eres un tipo duro de pelar. Pero ¿qué se puede hacer contra algo invisible, que de repente te ataca al corazón o al cerebro, provocando un colapso mortal?

—Desgraciadamente, nada —hice una pausa y añadí—: Hay algo más que todo eso, Naish. Simakk ha debido introducir un espía suyo en nuestras líneas... o esa maldita máquina suya no sólo es capaz de matar a distancia, sino de interferir y borrar información de una computadora. Bertie tiene totalmente en blanco una de sus claves de memoria, la

YZ-3008,

correspondiente a los datos sobre el Comando Q y sus operaciones. Alguien la borró de allí intencionadamente; no hay otra explicación.

—Bueno, eso técnicamente no es cosa fácil, pero está demostrado que incluso un niño, con un vulgar ordenador casero podría interferir, en determinadas condiciones y ayudado por una gran casualidad, los más altos circuitos y las terminales de prioridad nacional ultra secreta. Si el doctor Zeiff es tan eminente en su especialidad, puede que haya conseguido eso también.

—Sería desastroso para todos. Imagina si un tipo como Simakk pudiera controlar desde una computadora personal las claves más secretas y vitales del organigrama electrónico de un país como los Estados Unidos.

—Vale más no pensarlo, pero eso de la clave borrada en Bertie es preocupante. ¿Qué ha dicho Ambler?

—Nada, o casi nada. Asegura que no es posible que alguien llegue a la computadora y altere algo sin enterarse él. Además, técnicamente las claves archivadas no se pueden borrar, salvo utilizando un complejo y sofisticado sistema de reprogramado, imposible de hacer en menos de doce o quince horas de trabajo exhaustivo.

—Pero la

YZ-3008

se ha borrado.

—Así es —me levanté, desperezándome. Sin saber la razón, me sentía profundamente abatido y nada optimista—. Creo que voy a hacer un viaje rápido a alguna parte, amigo mío. Un viaje por motivos particulares que me lleve lejos de aquí.

—¿Huyendo de las radiaciones asesinas, tal vez? —sonrió Naish, burlón.

—Por el contrario, buscando su origen donde parece ser que Simakk estuvo alguna vez, no hace mucho tiempo: en Europa. Concretamente, en París.

Gastón Dorlac era un hombre afable y cordial, buen *gourmet* y gran catador de vinos, especialmente los de su tierra borgoñesa, aunque no despreciaba jamás un burdeos, un rioja español e incluso un blanco californiano.

Obeso, colorado y risueño, lo primero que hizo al verme aparecer aquella soleada mañana por el *Deuxième Bureau français*, fue darme un fuerte abrazo, invitarme a un pastís de aperitivo, y luego conducirme a un opíparo almuerzo nada menos que en mítico *Maxims*. Debo confesar que, tras la comida en el famoso restaurante parisino, regada con los mejores caldos franceses, todo con asesoramiento personal del bueno de Gastón, mi optimismo había subido muchos enteros y hasta me sentía menos amenazado por la hipotética espada de Damocles de aquella terrible máquina asesina en poder del súper espía sin bandera Elton Simakk, enemigo público número uno de todos los servicios de Inteligencia del mundo.

Sin embargo, cuando pude exponerle el motivo de mi visita a la bella capital francesa, sentados ambos ante dos aromáticos cafés y dos panzudas copas calientes conteniendo un Napoleón particularmente añejo, mucha de la jovialidad saludable de su orondo rostro pareció esfumarse, y una sombra de preocupación asomó a sus ojos claros, habitualmente risueños.

—*Morí chér ami*, sé de qué me habla —asintió gravemente—. André Villard fue uno de mis mejores amigos, un colega notable y brillante como pocos. Ahora está muerto, al parecer por culpa de esa misteriosa máquina del doctor Zeiff. Tenemos informes en el *Bureau* sobre los repentinos fallecimientos de colegas suyos en América, Doug. Y hemos sacado nuestras propias conclusiones. O todo es un maldito cúmulo de casualidades hartamente improbables, o estamos ante un alarde criminal de ese loco mesiánico que no tiene credo, patria, bandera ni ideas.

Asentí, relatándole cuánto había ocurrido en mi país, sin omitirle siquiera la desaparición de datos memorizados en Bertie. La inquietud de su rostro subió todavía más de grado ante mis explicaciones. Sorbió el coñac como solo un buen bebedor podría hacerlo, y habló con lentitud, la mirada perdida en el cielo azul y sin nubes de París, más allá de la vidriera discreta de la terraza del café en el bulevar.

—Todo hace pensar que, efectivamente, la dichosa máquina existe. Pero estamos de acuerdo en algo —añadió, mirándome con viveza—. No creo que ese aparato diabólico pueda elegir a una

víctima entre millones, y enviarle sin más su onda mortífera, directamente al cerebro o al corazón. Tiene que haber un sistema de recepción que asegure el blanco elegido. Y ese sistema de recepción, a no dudar, está ya *implantado* en la persona elegida, de modo previo e insospechado para ella.

Afirmé, con gesto de sorpresa y admiración. En ese momento me alegré de visitar a mi colega francés, y no precisamente por el almuerzo en Maxims.

—Ése es el punto adonde yo quería llegar —advertí con cierto entusiasmo—. Un receptor. Tiene que existir un receptor en la persona escogida para matar. Nadie puede disparar un arma, ni siquiera electrónica, hecha de *scanners* o de lo que sea, para alcanzar a alguien en la distancia, perdido entre millones de otros seres idénticos. Algo distingue a esa persona de las que le rodean, y atrae la onda asesina, como atrae el pararrayos al rayo o el receptor de televisión a las ondas electromagnéticas. Sin receptor, no hay emisión posible. Por tanto, hay que buscar ese medio como sea.

—Usted, *mon ami*, tiene más facilidad para ello, sin duda alguna —sonrió afablemente Dorlac, retrepándose en el asiento tras apurar su copa con un suspiro complacido—. Tienen ya cuatro cadáveres, contra uno solo de que disponemos aquí, en Francia. La autopsia al pobre André no reveló cosa extraña alguna en su persona. Nadie localizó en su cráneo un micro receptor o cosa parecida. Y le aseguro que lo buscamos.

—Nosotros no hemos hecho eso. La Organización ha pensado siempre que se trataba de muertes naturales. O ha querido pensarlo, cuando menos. Enviaré un télex en clave citándoles ese punto. Espero que al exhumar los cuerpos den con el medio de que Simakk se vale para concentrar en la víctima elegida el poder mortal de su máquina.

—Confiemos en ello. Estaré pendiente de sus noticias al respecto, mi querido amigo Ahora, ¿qué le parece si tomamos otra copa?

Asentí, admirado. Gastón era un hombre insaciable en cuanto a vinos, coñacs o buenos menús. Todo lo demás parecía secundario para él. Pero yo sabía que esa actitud frívola ante la vida era pura fachada, y que en estos momentos estaba tan preocupado como yo respecto a la tremenda posibilidad de que un loco astuto y peligroso

como Simakk pudiera elegir a distancia sus víctimas y eliminarlas limpiamente sin el menor riesgo.

Nos separamos aquella misma tarde, tras verme obligado a rechazarle repetidamente la invitación a una opípara cena en otro local de París, y regresé a mi hotel para emprender esa misma noche el viaje de regreso a los Estados Unidos. Esperaba, entre tanto, que mi télex desde París pusiera en acción inmediata a mis compañeros de Nueva York y Washington.

Mientras esperaba que el mozo viniera a llevarse mi equipaje para dirigirme al aeropuerto de Orly para iniciar el vuelo de regreso, evoqué los viejos tiempos del Comando Q, en compañía de mis camaradas, cuatro de ellos ya muertos repentinamente en los últimos días, y manoseé la pluma estilográfica de oro que todos habíamos recibido por parte del propio Jefe aquel viejo día en que el Comando Q fue borrado definitivamente de la lista de fuerzas activas de la Organización por considerarlo inoperante a todos los efectos, una vez cumplida su tarea.

La entrañable pluma con la firma de todos nosotros grabada en la capucha de oro, y la letra Q, simbólicamente tallada en su prendedor del mismo metal, me trajo viejos recuerdos nostálgicos de acción y de aventura en muchos rincones violentos del mundo.

Cuando la iba a guardar en mi bolsillo, suspirando evocadoramente, se escapó de entre mis dedos y fue a rodar hasta el abierto balcón del hotel, asomado a los Campos Elíseos, ya cubiertos de radiantes luces en el anochecer parisino. Maldije entre dientes, corriendo a la barandilla para asomarme.

Por fortuna, mi cuarto del hotel estaba en su primera planta. Vi golpear mi pluma contra el asfalto. Un hombre se agachó, sorprendido, contemplando el valioso objeto, cuyo dorado brillo destacó al recibir la luz de un cercano escaparate.

—¡Eh, *monsieur*! —gritó—. Por favor, es mío. Ya voy a por ello.

El parisino asintió, sonriente, y se inclinó galantemente a recogerlo para esperar mi aparición en la puerta del hotel.

Entonces sucedió.

Justo entonces, como un hecho diabólico e inexplicable. El buen hombre que tomara mi pluma en sus manos, lanzó un alarido ronco, soltó el objeto, se llevó las manos al pecho, jadeó violentamente, le vi enrojecer, hasta casi amarotarse su rostro, y cayó fulminado

sobre la acera.

Corrí escaleras abajo, despavorido. Pero antes de pisar el asfalto callejero, yo sabía, con una tremenda y oscura sensación de horror, que aquel desdichado estaba muerto.

CAPÍTULO IV

—Jean Pierre Brossard. Viajante de comercio, cuarenta y nueve años. Residente en Lyon, de visita en París por motivos de trabajo. Casado. Sin hijos.

Gastón Dorlac apartó con gesto cansado el informe oficial y me miró con aire preocupado y grave. Su entrecejo fruncido no era normal en él. Parecía incluso más viejo y falto de alegría.

Asentí, mientras él entrelazaba los dedos de sus manos como si esperase algún comentario por mi parte. Creo que le defraudé cuando lo hice:

—Pobre hombre, maldita sea. ¿Por qué tuvo que morir él? Es como si yo fuera culpable de eso, Gastón.

—No diga tonterías —me reprochó, agitando una mano nerviosamente—. Son cosas que ocurren. Si lo que pensamos es cierto, usted era la víctima elegida, *mon ami*.

—Sí, pero ¿cómo? ¿Sólo a causa de una simple pluma estilográfica?

—Usted la tenía, ¿no? La perdió. Ese hombre la recogió para entregársela. Y murió, repentinamente afectado por un infarto fulminante. El corazón casi le reventó. Es posible que sólo sea una coincidencia, de todos modos.

—Usted sabe que no —rechacé—. Y lo sé yo. Buscábamos un receptor. Ya lo tenemos: la pluma estilográfica. Todos la teníamos.

—Explíqueme la historia de esa curiosa pluma, ¿quiere? —me invitó suave.

—No hay mucho que contar. Fue un regalo común para todos los miembros del Comando Q una vez disuelto el grupo. Era como un gesto de gratitud, un recuerdo para nuestra dura tarea de aquel momento, combatiendo con éxito un intento complicado de subversión internacional y terrorismo, en cuyas complejas redes estaba mezclado Elton Simakk y su organización criminal.

—Pero ¿quién les obsequió con esas plumas?

—El Jefe —suspiré—. Osgood Bloxham en persona. Hizo fabricar ese modelo especial de pluma estilográfica para repartimos a nosotros los únicos ejemplares existentes.

—Y tan especial —comentó Gastón con ironía—. Supongo que nada sabe sobre el fabricante de las plumas...

—Nada. Pero el Jefe debe saberlo.

—¿Cuántos ejemplares repartió?

—Exactamente ocho.

—¿Ocho?

—Sí. Una para cada uno de nosotros: Matt Walters, Aarón Stern, Eric Kyle, Clifford Lassiter, Robín Aldriss, yo... y naturalmente, Zeena DeLance, nuestra única mujer en el grupo.

—Zeena DeLance —repitió Gastón afirmativo, con gesto complacido—. He visto fotografías tuyas. Una real hembra. Tuvieron mucha suerte trabajando con una mujer así al lado. Pero permítame observarle, Doug, que usted sólo ha mencionado a *siete* poseedores de la pluma no a ocho.

—El octavo ejemplar fue para el propio Bloxham —señalé—. Se quedó con uno, como recuerdo de nuestra tarea. Estaba orgulloso del Comando Q.

—Entiendo —se frotó la barbilla, pensativo. Sus ojos brillaron—. Según eso... si estamos en lo cierto y la pluma es el receptor de ondas mortíferas... su jefe también está en igual peligro que todos ustedes.

—Sí —afirmé, preocupado—. Hay que avisarle de eso cuanto antes.

Gastón asintió, pulsando un botón de su mesa de trabajo en el *Deuxième Bureau*. *Mientras tanto, siguió hablando con aire abstraído:*

—Están analizando ahora cada minúscula parte de esa pluma tuya, Doug. Si los expertos encuentran algo, nos lo dirán de inmediato. ¿Sabe adónde habrían ido a parar las plumas de sus compañeros difuntos?

—No —negué—. No tengo la menor idea. Supongo que cuando hable con Bloxham podremos averiguarlo y tomar precauciones.

Mi amigo de París no dijo nada. El teléfono sonó. Dijo algo en francés y me lo tendió de inmediato.

—Línea directa con Nueva York —advirtió—. Avise enseguida a su jefe. Debemos tomar todas las precauciones para impedir más muertes.

Tomé el aparato. Había comunicado con la centralita oficial de la Organización, ya que desconocía la línea directa. Di las cifras de mi código y solicité prioridad absoluta para que mi mensaje fuese pasado de inmediato a Bloxham. Luego, informé de todo lo relativo a las plumas estilográficas, la muerte ocurrida en París y mis sospechas sobre la posibilidad de que el buscado receptor de ondas mortales de la Máquina de Matar fuese precisamente la propia pluma.

Pasaron el informe a Bloxham rápidamente. Él no se puso al teléfono, pero la chirriante voz de su más directo colaborador. Ron Val Guest, sonó en mis oídos:

—Se comprobará ese informe enseguida, Miller —dijo—. Las plumas de los fallecidos serán intervenidas de inmediato y analizadas. Avisamos enseguida a Robín Aldriss y a Zeena DeLance. Mantenga el contacto y no cometa imprudencia. Tal vez a través de esas plumas, si su teoría es cierta, podamos localizar la frecuencia con que emite esa maldita máquina sus órdenes asesinas.

Colgué el auricular en que lo que él decía fuese cierto, pero estaba hondamente preocupado por la seguridad personal de los dos únicos supervivientes del Comando Q, mis amigos Aldriss y Zeena.

Apenas hube cortado la comunicación con Nueva York, otro teléfono de la mesa de Gastón sonó repetidamente. Lo tomó, atendiendo la llamada. Le vi fruncir el ceño, al tiempo que su rostro se tensaba con un gesto de desagrado e irritación. Sospeché que algo malo ocurría.

—Entiendo —dijo al fin mi amigo francés, con cara de pocos amigos—. Temo que no podamos hacer ya nada en ese sentido. De todos modos, si resta algún pequeño fragmento, traten de analizarlo, pero imagino que no conseguiremos absolutamente nada.

Dejó el aparato con expresión furiosa. Al mirarme, sus ojos tenían un brillo febril y la voz le tembló al informarme escuetamente:

—Lo siento, Doug. Hemos perdido toda posibilidad de descubrir algo. Su pluma estilográfica estalló de repente cuando era sometida

a pruebas de laboratorio electrónico. Temo que se autodestruyó, porque así estaba programada para el caso de que fuese sometida a examen. Han quedado leves restos que no creo sirvan para nada. Nuestro común enemigo, Elton Simakk, ha conseguido sin duda un sistema realmente diabólico de matar a distancia. Y muy eficaz. Tanto, que los «receptores» de la muerte, apenas son analizados, se autodestruyen sin dejar rastro.

—Eso prueba que no podremos localizar de momento el sistema de transmisión de la muerte a distancia —me quejé amargamente—. Pero algo ha quedado demostrado ya, sin lugar a dudas: Esas plumas son la terminal que cada uno llevábamos encima para atraer la muerte. Y me pregunto cómo es posible que eso sucediera hace ya años, cuando Simakk aún no tenía relación conocida con el doctor Zeiff, y nadie había oído hablar siquiera de la Máquina de Matar...

El avión que me llevaba de regreso a mi país dejó atrás los millones de luces de aquel París que fuera en tiempos pasados capital del mundo, centro de la moda y del arte, y que seguía siendo, pese a todo, la Ciudad Luz por excelencia.

Admito que me llevaba un cierto regusto nostálgico de las cenas en Maxims, con sus buenos vinos, su coñac y sus gentes amables y abiertas. Pero también un desasosiego y una incertidumbre sobre lo que pudo haber sido y no fue. De no irse de mis manos en un momento crucial mi vieja y querida pluma de oro, ahora yo estaría muerto y un buen hombre, viajante de comercio, casado y con su hogar en Lyon, estaría vivo y no en la Morgue, víctima de un infarto súbito.

Aquella muerte inocente espoleaba mi cerebro con más fuerza aún que los trágicos finales de mis camaradas americanos. El azar, el destino, había jugado una mala pasada a un individuo que no tenía por qué sufrir las ras de un loco mesiánico, dueño de un artefacto siniestro, digno de un loco relato de ciencia-ficción, a cambio de permitirme a mí seguir con vida. Le prometí mentalmente a aquel desconocido infeliz que ahora ya no pertenecía a este mundo, vengar cuando menos su muerte alguna vez, en cuanto me echara a la cara al maldito Simakk y a su terrible ingenio criminal.

A estas horas, en Nueva York reinaba una febril actividad dentro

de la Organización, según mis últimas noticias. Se habían tomado todas las medidas posibles para impedir la autodestrucción de las demás estilográficas, incluida la del Jefe, y permanecían aisladas todas en un laboratorio especial, confiando en poderlas mantener intactas hasta su análisis completo. Pero yo dudaba mucho de que, a mi llegada a Nueva York, horas después, esas plumas continuaran en su estado actual. La misma fuerza destructora que mataba a los hombres a distancia, estaría ahora intentando aniquilar los mecanismos receptores de la onda mortal.

Yo estaba, desgraciadamente, en lo cierto.

Cuando el reactor me dejó en el aeropuerto Kennedy y un rápido coche oficial me condujo al cuartel general de la Organización en Nueva York, ya había ocurrido todo. Me informó de ello la propia Zeena, con voz profunda, melosa, como en ella era habitual, tomándome por un brazo afectuosamente:

—Lo siento, Doug. No hay nada que podamos hacer ya en ese terreno. Acabamos de saber que hubo una tremenda explosión en el recipiente hermético del laboratorio donde estaban guardadas las siete plumas estilográficas. Ni una sola ha quedado a salvo. Parece ser que se produjo una descarga simultánea de energía en todas ellas a la vez, autodestruyéndolas. Los expertos no tuvieron tiempo de averiguar mucho de ellas, salvo que en su interior poseían un complejo sistema electrónico, revelado en un primer análisis radiográfico.

Aquello no era París, claro. Pero el restaurante en la cima del rascacielos, con las luces de Manhattan bajo nosotros, como un enorme terciopelo negro cuajado de diamantes, rubíes y esmeraldas rutilando centelleantes, tampoco estaba nada mal.

Además, la cocina era allí internacional; nada de *steaks*, hamburguesas o salchichas con catsup, afortunadamente. Elegí un menú a la francesa, incluso con buen vino de la Borgoña, importado a peso de oro. Zeena me miró pasmada.

—Vas a arruinarte, querido —comentó burlona—. No sabía que fueses todo un *gourmet*.

—Yo no lo soy —confesé—. Pero tengo un amigo en París que sabe darme lecciones de buen comer y buen beber. Por cierto, te admira mucho a través de tus fotografías. Se llama Gastón Dorlac y

trabaja para el *Deuxième Bureau*. *Opina que es una gran suerte trabajar junto a una hembra como tú.*

—Ah, esos franceses... —rió Zeena con picardía—. Son encantadores. Le enviaré mi mejor fotografía, una en que posé semidesnuda cuando fingía ser modelo de alta costura en un asunto de espionaje dentro del mundo de la moda...

—Seguro que se quedará sin aliento —sonreí, admirando a mi compañera de mesa.

Ciertamente, era una mujer fuera de serie. Hermosísima, de cabello negro intenso, liso, de azulados reflejos a la luz reverberante del resplandor nocturno de Manhattan tendido a nuestros pies. Sus ojos podían competir con todas aquellas luminarias de la noche urbana ventajosamente. Por algo eran verdes con destellos violeta. Su rostro era terso, suave, de carnosos labios y recta nariz, óvalo perfecto y sonrisa turbadora. En cuanto a su cuerpo...

Eso merecía capítulo aparte. Nunca había visto un cuerpo parecido al de Zeena. Una mareante sinfonía de curvas, no exenta sin embargo de elegancia, distinción y gran clase. Poseía los pechos más majestuosos y arrogantes que conocía, unas largas piernas de piel sedosa y una cintura tan breve, que realzaba más aún la curvatura sensual de sus caderas. El traje de noche azul turquesa realzaba esos encantos prodigiosamente.

—¿Qué te pasa? —me preguntó de repente—. Pareces fascinado por algo...

—Sí, por ti —asentí.

—Eso mismo dijiste cuando estábamos en la selva de Angola luchando contra aquellos guerrilleros fanáticos de la secta Kambala. Y entonces yo sólo llevaba un pantalón corto empapado en agua... y jirones de una blusa caqui.

—Pero estabas encantadora —sonreí—. Los jirones eran tan escasos y pequeños...

—Eres un cínico y un obseso sexual —me reprochó divertida—. Pero en cambio nos acostamos juntos, casi desnudos, bajo una manta... y tú no hiciste nada esa noche.

—Bueno, tú tampoco me animaste demasiado —reí—. Tenías frío y algo de fiebre. Además, si hacíamos ruido podíamos ser descubiertos por nuestros enemigos, recuérdalo.

—Eso no es excusa —me miró maliciosa—. Acostumbro a ser

silenciosa en esas cosas, Doug.

—Yo también. Pero nunca se sabe lo que puede ocurrir si uno se entusiasma demasiado. Y contigo debe ser fácil entusiasmarse, Zeena.

—No me habrás invitado esta noche para intentar hacer el amor conmigo...

—Claro que no, ¿por quién me tomas? Bueno, Zeena, lo cierto es que quería hablar contigo de todo lo que está sucediendo. ¿Crees que estamos realmente a salvo por el simple hecho de que las plumas estilográficas hayan sido autodestruídas?

—Eso parece, ¿no? Si eran el receptor de la muerte a distancia...

Sus ojos entre verdes y violeta me miraban inquisitivos. Humedeció los labios con la puntita de su lengua, y los hizo brillar, sensuales y mórbidos. Me hubiera gustado besarlos, incluso morderlos.

—Algo me dice que las cosas no acaban aquí. Si Simakk ha proyectado su venganza contra el Comando Q, lo intentará de nuevo por otro procedimiento. No aceptes regalo alguno en los próximos días, créeme. Absolutamente de nadie.

—¿Ni siquiera de ti?

—Ni siquiera de mí. Recuerda que esas plumas fueron obsequio del Jefe. Y encerraban un mensaje de muerte, sin duda alguna.

—Pero ¿cómo pudo suceder eso? —preguntó Zeena.

—Ni él lo sabe. Encargó esas plumas a un artesano orfebre amigo suyo, persona de toda confianza. No es nada probable que el artesano hubiera elaborado el mecanismo de la terminal electrónica.

—¿Entonces...?

—Algo ocurrió entre la elaboración de las plumas y su entrega. Bloxham está investigando eso personalmente. Ha hablado con el orfebre. Sabe que las plumas, una vez terminadas, estuvieron en su taller todo un día, hasta ultimar el detalle de los estuches y llegar la fecha de la cena de homenaje y la entrega de todas ellas. Ese día pudo entrar alguien en el taller y manipular en su interior. Pero la teoría tiene un punto débil.

—¿Cuál? —quiso aclarar ella.

—En esas fechas, Elton Simakk estaba oculto, perseguido y fracasado, rumiando su derrota. No existe la menor posibilidad de

que conociera por entonces al doctor Ilya Zeiff y su terrible invento.

—¿Y...?

—Eso nos permite aventurar otra posibilidad más escalofriante aún: las plumas fueron manipuladas *ahora*, recientemente, por alguien que dispuso en su interior el sistema de recepción de ondas mortales. No me preguntes cómo, cuándo ni por quién, porque lo ignoro por completo y esa idea me tiene obsesionado, pero es la que mantengo personalmente a ultranza, diga lo que diga la Organización.

—Para que eso sea así, esa persona tuvo que acercarse a cada uno de nosotros, quitarnos por un tiempo la pluma... y manipular en ella, ¿no es así? —dudó Zeena.

—No necesariamente —negué—. Pudo *cambiar* las plumas por otras aparentemente iguales. Un trueque así es relativamente fácil y rápido. Sólo se precisan manos veloces, diestras en la maniobra.

—Un duplicado exacto de cada pluma... —musitó ella, comprendiendo. Sus finas cejas se arquearon. Asintió con la cabeza —. Sí, eso tiene ya más sentido. Pero significa que habría de ser alguna persona que nos conoce, que puede acercarse a nosotros sin despertar sospechas ni recelos...

—Sí, me temo que sí —dije sombrío.

—¿Un... un *traidor*? —sugirió Zeena DeLance, cauta.

Afirmé despacio con la cabeza. Tomé un sorbo del borgoña tinto y saqué un trozo de filete en salsa. Casi creí estar de nuevo en París.

—Sí —dije—. Un traidor. Eso explicaría muchas cosas, querida Zeena.

CAPÍTULO V

—¡Un traidor! —protestó vivamente el gran Bloxham, el Jefe, llevándose las manos a la cabeza—. Eso es absurdo, ridículo a todas luces, Doug.

—¿Por qué ridículo? —Me encogí de hombros—. Siempre han existido los traidores desde que el mundo es mundo. Jefe. La Organización no tiene por qué ser perfecta.

—Yo no digo eso —se irritó Osgood Bloxham, con aire molesto—. Simplemente, no lo creo posible. No ha sucedido jamás, ni en los peores tiempos de la «guerra fría» o en trances de extrema crisis mundial. ¿Por qué había de suceder ahora?

—No lo sé. Pero Simakk es muy capaz de lograr infiltrar aquí a uno de sus leales. Y además, cualquier hombre tiene un precio. Si maneja millones, pudo haber sobornado a uno cualquiera de nosotros.

—Aun suponiendo que semejantes posibilidad existiera, Doug, ¿quién podría ser el supuesto traidor? No es tarea fácil para nadie entrar donde tenemos a Bertie para borrar de su memoria los datos de la clave

YZ-3008.

—Lo sé. Tampoco es fácil cambiar las plumas estilográficas que usted encargó especialmente para nosotros, y sin embargo lo hicieron, puesto que se ha comprobado que era imposible hacer el canje mientras las tenía el artesano en su taller, y éste está fuera de toda sospecha.

—Así es —admitió Bloxham de mala gana, ceñudo y paseando por su santuario como un tigre enjaulado. Yo sabía cuánto le molestaba admitir la sola posibilidad de que hubiera un traidor en sus filas. Era como obligar a aceptar a un padre que uno de sus hijos era un rufián. Habló sin detenerse en sus paseos—: Los expertos han comprobado que el sistema electrónico en el interior de cada

pluma, a juzgar por la única radiografía obtenida de su circuito, era sumamente complejo y delicado, la obra de un auténtico mago de la electrónica.

—¿El doctor Zeiff, por ejemplo?

—Por ejemplo —asintió el Jefe, muy serio—. Sólo ese maldito científico o nuestro desaparecido Jason Thorley hubieran sido capaces en el mundo de diseñar algo tan perfecto y sutil en tan reducido espacio como era la parte superior del cuerpo de la pluma, justo encima de su depósito de tinta. Tiene todas las características de ser una especie de receptor de ciertas ultra frecuencias muy elevadas. Tal vez esas ondas mortales que hacen reventar el cerebro o el corazón con apariencia de muerte natural.

—Y de alguna forma, alguien llegó hasta el lugar donde usted mismo guardaba esas ocho plumas, una vez recibidas de manos del orfebre, y las cambió por las ya preparadas para su mortal función receptora. ¿Quién podría tener acceso a ese lugar sin despertar sospechas?

—Pues yo mismo, Val Guest, mi secretario, Scott Bagley, del Servicio de Control Superior, y Edmond Naish, de los Servicios Especiales de Inteligencia en el Extranjero, con quien comparto habitualmente. Todos ellos, por supuesto, fuera de toda sospecha... incluido yo mismo —acabó con sarcasmo.

—Lo sé, señor. Conozco a Naish desde hace años, a Bagley también... Val Guest no me es simpático, pero eso no quiere decir que deba sospechar de él.

—¿Entonces...?

—Admito que no es tarea fácil saber cómo ocurrió —confesé con un suspiro—. Pero lo cierto es que tuvo que ocurrir así, nos gusta la idea o no.

En ese punto sonó el interfono de su despacho. Bloxham se inclinó y escuchó.

—Sí, que pase —dijo con firmeza—. Estaba esperándole.

Miré hacia la puerta. Cuando ésta se abrió, un viejo y entrañable camarada hizo su aparición en ella. No le había visto en el funeral de Cliff, pero allí estaba ahora, y supe por qué no acudió a las honras fúnebres por nuestro común amigo. Caminaba muy dificultosamente apoyado en dos muletas metálicas, y parecía dolerle bastante cada paso que daba, a juzgar por la expresión de su

rostro, pálido y demacrado.

—Robín Aldriss... —dije, incorporándome vivamente y tendiéndole la mano—. ¿De dónde sales, viejo zorro?

—Casi de la tumba —rió él, de buen humor pese a todo, dejando sus muletas para sentarse en un sillón, ayudado por el propio Bloxham—. Ya ves cómo me encuentras —comentó, estrechándome la mano—. Y todo por culpa de una mala pendiente en Cortina D'Ampezzo...

—¿Te gusta esquiar ahora? —Sonreí, divertido en parte.

—Infiernos, claro que no —protestó—. Cumplía una misión, eso es todo. Pero me fallaron los cálculos y me fui rodando ladera abajo. Nunca se me dio bien eso de los esquíes, la verdad.

—Robín estaba cumpliendo un trabajo difícil en Cortina —terció el Jefe pacientemente—. Tomaba lecciones de esquí de una bella profesora llamada Maude Bellamy.

—Maude Bellamy... Me suena el nombre —dije, arrugando el ceño.

—Fue amiguita de Elton Simakk.

—¡Cielos, sí! La hermosa y opulenta Maude... No sabía que se llamase Bellamy.

—Se casó con un tal Ray Bellamy de quien ya anda separada —rió Aldriss—. Es una hembra que no soporta demasiado tiempo al mismo tipo. Aunque supongo que son ellos los que no aguantan. Es una devoradora. Yo mismo me he sentido mejor al romperme las dos piernas que teniendo que soportar sus apetitos sexuales, amigo mío.

—¿Por qué andabas cerca de ella?

—Yo sé lo encargué personalmente —reveló Bloxham—. Pensé que palia haber aún algo entre Maude y Simakk.

—¿Y lo hay? —Miré alternativamente a ambos.

—No lo parece —negó lentamente Aldriss, mi último compañero varón que sobrevivía del famoso Comando Q—. Al menos, yo no he advertido nada de nada, ni creo que tenga idea alguna del paradero de Simakk. Guarda muy mal recuerdo de él. Se ve que desapareció en su día dejándola sin todo el dinero que la había prometido.

—¿Estabas en Cortina cuando murió Cliff?

—No. Estaba hospitalizado ya en una moderna clínica italiana. He venido en avión hoy mismo, requerido por el Jefe. Sé lo de las

estilográficas. Por suerte para mí, dejé la mía en casa al marcharme a Cortina. Nunca me gustaron demasiado esas plumas, yo prefiero el bolígrafo. Tal vez a eso le deba el seguir con vida, Doug. ¿Y tú?

—Yo me salvé por suerte que costó la vida a otro —declaré sombrío—. Estamos metidos en un feo asunto. Estoy habituado a luchar contra los hombres o las mujeres, pero no contra una máquina.

Aldriss asintió pensativo, mirando a su jefe. Bloxham terció en la conversación:

—Le narré a Robin todo lo sucedido en un mensaje en clave. Está al corriente de todo, pero ignora tu última y brillante teoría de que puede existir un traidor en la Organización, nada menos que con acceso directo a mis propias dependencias y a las computadoras centrales, incluida la fabulosa Bertie.

—¿De veras crees eso, Doug? —Aldriss me miró como si pensara que yo estaba loco de remate—. Tendría que ser un traidor muy especial. Perteneciente a la élite de la Organización nada menos.

—Empiezo a pensar que sí —tuve que admitir, desanimado—. Pero si no, ¿cómo se explica todo lo que está ocurriendo?

—Debo admitir que existe un medio para nuestros adversarios de llegar hasta lugares insospechados, pero insisto en que la explicación ha de ser otra —murmuró Bloxham con expresión contrariada.

—Bueno, yo soy quien menos sabe de todo esto, señor, pero la verdad es que si ha sido borrado de la memoria de Bertie todo el expediente del Comando, y se han cambiado unas inofensivas plumas estilográficas por otras convertidas en máquinas asesinas es que de alguna forma, Simakk tiene una forma de acceso al centro estratégico de la Organización. Y por muy genial que sea ese tal doctor Zeiff, no puedo creer en modo alguno que haya inventado también la invisibilidad...

—Por eso he querido que estuviera usted aquí también, Robin, pese a su accidente y su actual invalidez —habló Bloxham gravemente—. Creo que va a ser necesaria toda la cooperación de los viejos miembros del Comando, aún con vida, como son usted, Doug y Zeena DeLance, para intentar combatir a un enemigo a quien ya vencieron una vez brillantemente: Elton Simakk.

—Por mi parte, haré lo que me sea posible, que no es mucho en

mis actuales circunstancias —suspiró Aldriss—. Y, desde luego, lo que no pienso hacer en adelante es aceptar obsequios de nadie, por tentadores que sean. Resulta lógico suponer que, si para demostrar su poderío a distancia, Simakk desea rematar su trabajo y acabar con Zeena y nosotros tres, buscará el medio de enviarnos otra «terminal» que sirva de estación receptora a las ondas asesinas.

—Exacto —asentí, complacido de que Robin comprendiera tan claramente la situación actual—. Cualquier cosa sobre nosotros, incluso un botón, podría ser un microcircuito de muerte, un receptor de esa energía que mata.

—Así es —aprobó Bloxham—. No se fíen de nada ni de nadie, no acepten llevar sobre sí nada que no esté previamente examinado y comprobado, ya sea un bolígrafo, un llavero, unas gafas o un reloj. Cualquier pequeño objeto puede contener un microordenador con terminales, capaz de recibir las ondas emitidas por el ingenio del doctor Zeiff. Zeena ya está avisada también, ¿no es cierto, Doug?

—Sí, señor. Una mujer puede ser presa más fácil, ya que cualquier joya o adorno podría encerrar la muerte cierta, pero ella es astuta y sabrá evitar todo riesgo.

—Eso me tranquiliza un poco. Ahora, escuchen ambos: necesito que empiecen a trabajar activamente en esto. El Comando Q ya no existe, pero existen ustedes, y eso es suficiente. Traten de dar con el rastro de Simakk como sea. Recurran a sus enlaces, sus fuentes de información, todo lo que sea. Pero localicen a ese hombre o, como mínimo, el posible emplazamiento de su Máquina. Mientras ésta no sea localizada y destruida, todos podemos peligrar en el mundo, según a quien llegue a vender semejante artefacto.

Aldriss afirmó con la cabeza, mirándome luego con expresión abatida.

—Lo que me pregunto es qué podré hacer yo con estas dos piernas más hechas cisco, amigo Doug —se quejó.

—No te importe. Tienes tu cerebro intacto, y ése ha sido siempre brillante —le animé—. Vamos a repartirnos la tarea: tú pensarás, yo actuaré. Y Zeena hará su parte también. Ya hablé con ella y está esperando instrucciones concretas para ponerse manos a la obra inmediatamente, como en los viejos tiempos.

—Ah, los viejos tiempos... —suspiró Aldriss, entornando los ojos con aire nostálgico—. Eran apasionantes, ¿verdad, Doug? Hacer

pedazos la organización criminal de Simakk en África fue algo grande.

—Grande, pero terriblemente difícil —le recordó—. No todo resultó cómodo ni sencillo.

—Cielos, claro que no. —Su rostro se ensombreció—. Cada vez que recuerdo cuando tuvimos que abrir fuego sobre aquel pequeño pueblo nativo.

Me estremecí. Era algo que quería olvidar, la parte de la aventura que mi subconsciente se empeñaba en rechazar siempre. Aquella selva en el corazón africano, aquel poblado negro, apacible y amistoso en apariencia, acogiéndonos cordialmente... para después intentar asesinarlos a todos a sangre fría. Simakk y su gente eran tan feroces y despiadados que incluso utilizaron mujeres, niños y ancianos para engañarnos. Todos estaban drogados, hasta los niños de siete u ocho años. Había negros y blancos juntos, como si allí todo fuese tranquila convivencia. Cuando nos atacaron, era como fieras sanguinarias. Tuvimos que abrir fuego con nuestras metralletas. Fue algo espantoso, una pesadilla sangrienta que hacía comprender mejor los traumas de los veteranos de Vietnam, de matanzas como la de

Mi-Lay,
y horrores parecidos.

Tuvimos que masacrar a todos, mujeres, niños, ancianos, hombres de toda edad, blancos o negros. Recuerdo que luego vomité varias veces. Pero Matt había dicho algo ante aquella pila de cadáveres, que era difícil de olvidar: «Si no lo hubiéramos hecho nosotros con ellos, ahora seríamos quienes estuviéramos ahí tendidos en nuestra propia sangre. Ved eso». Y nos mostró un verdadero arsenal para exterminarnos: armas blancas, pistolas, fusiles automáticos, ametralladoras, lanzas envenenadas... Era una trampa perfecta y atroz. Más tarde descubrimos con horror que incluso una enfermera blanca, un reverendo y una mujer madura, encinta, habían formado parte de aquella legión de asesinos drogados e hipnotizados, para quienes nuestra muerte era lo único que contaba en este mundo.

Ahora, Aldriss evocaba aquella página sangrienta y horrible de nuestra aventura en común. No me gustó que la mencionara, pero abrió las puertas de mi subconsciente aletargado. Y recordé algo,

dándome una palmada en la frente:

—¡El yate!

—¿Yate? —Bloxham se volvió hacia mí, frunciendo el entrecejo, sorprendido—. ¿Qué yate?

—¡El yate de Simakk! —grité, sorprendiendo a ambos—. El *Luxor*. Siempre navegaba con él por los ríos africanos, dirigiendo los golpes de sus grupos terroristas y subversivos... Estaba cerca del poblado de Mowanga aquel terrible día, lo recuerdo... Un helicóptero francés lo había vislumbrado, nos lo dijeron días después. Pero escapó. No dimos con él. Era un yate con una particularidad notable: podía alterar su fisonomía, aspecto y nombre a placer. Tenía montados en cubierta y puente una serie de estructuras prefabricadas, fácilmente desmontables, que daban distinto aire y forma a su yate, auténtico cuartel general...

—¿Sugieres que todavía puede estar a bordo de ese yate? —indagó Aldriss.

—Sí.

—Pero eso sería como buscar una aguja en un pajar. Ese barco puede tomar el aspecto que desee, tú acabas de decirlo. Y el mundo es casi todo él una inmensa extensión de agua, sea de mar o de ríos navegables, donde puede ocultarse durante años enteros el yate de Simakk...

—Espera —le pedí, excitado—. ¿Por qué le puso por nombre *Luxor* a ese yate?

—Simakk siempre fue un admirador fanático de la grandeza de los faraones y de su obra colosalista... Creo que eso le despertó su complejo, su afán de superioridad, de gigantismo, de poder y de dominio sobre el mundo... —recordó Aldriss, ceñudo.

—Exacto —sonreí—. Si no me equivoco, tal vez a estas horas, Elton Simakk está a bordo de su yate... navegando por el Nilo.

—¡El Nilo! —Era Bloxham quién lanzaba la exclamación—. Cielos, es toda una posibilidad, sí... El Nilo... Pero ¿podrá enviar desde tan lejos, nada menos que desde Egipto, sus rayos mortales hasta los Estados Unidos? ¿No es excesiva distancia incluso para un ingenio de gran poder y alcance?

—Tengo otra teoría —suspíré—. El *Luxor* poseía un helicóptero, incluso. Sospecho que esa máquina de asesinar es liviana, puede transportarse a bordo de alguna avioneta, pongamos por caso.

Desde el aire, lanzó la muerte sobre nosotros, sobrevolando los Estados Unidos, esta ciudad en concreto. Luego, al ser localizados sus terminales y autodestruirlas las plumas estilográficas, comprendió que había fallado el plan en parte, y era preciso rehacerlo para terminar con los que quedábamos. Habrá emprendido el vuelo a través del Atlántico, de regreso a África, y una vez allí, no es tarea difícil cargar a bordo del helicóptero la Máquina de Matar y regresar de inmediato a bordo del yate.

—El Nilo es muy grande, Doug —apuntó Aldriss, pensativo—. También será difícil dar con un yate cuya estructura actual desconocemos por completo. Ni siquiera lucirá el nombre de *Luxoren* su casco...

—Pero Simakk ignora que nosotros hemos pensado en eso. Tal vez se siente demasiado seguro de sí mismo, y esté en el lugar que más ama, el punto de Egipto que le fascina, y del que precisamente tomó el nombre para su yate.

—Luxor... —pronunció Bloxham, sorprendido.

—Eso es —asentí—: Luxor.

En ese momento, sonó el teléfono de Bloxham. Fue a él con paso lento y lo descolgó. Le informaron de algo. Me miró pensativo y no dijo nada, salvo un monosílabo de asentimiento. Colgó el auricular y vino hacia mí. No me gustaba su mirada en ese momento.

—Lo siento, Doug —me dijo—. Tengo malas noticias para usted.

—¿Qué ocurre? —indagué, alarmado, poniéndome en pie.

—Una amiga suya acaba de ser víctima de Simakk.

—¿Qué? —exclamé, aturdido y desconcertado.

—Se trata de alguien que todos conocemos, pero que no siguió los pasos de su padre. Me refiero a Jinx Thorley, la hija de Jason.

—Jinx... —Me estremecí—. ¿Qué... qué le ha ocurrido? ¿Qué ha hecho esta vez ese miserable?

—Tranquilícese. No hay motivos para pensar que esté muerta. Ha desaparecido. La secuestraron en la propia emisora de televisión donde trabaja. Han encontrado un mensaje grabado en cinta magnetofónica en su lugar de trabajo. Allí, una voz afirma que Jinx Thorley les es necesaria para que les suministre cierto material de su difunto padre, Jason, y que si coopera no sufrirá daño alguno. Esa voz añade que no cantemos victoria aún, que el rapto de Jinx significa que Simakk, autor de la comunicación, sigue siendo el más

fuerte... y que si usted, Dogu, piensa rescatarla dada su especial amistad con ella, perderá el tiempo y la vida; está condenado a morir, como todos, y nunca sabrá dónde está Linx ni dónde está el autor de la misiva sonora, que se identifica al mismo como el propio Elton Simakk. Naturalmente, puede ser un impostor. Enviaremos la grabación a Bertie, para que Ambler compruebe si es la voz de Simakk la allí grabada, aunque mucho me temo que sí. Lo cierto, querido Doug, es que la muchacha ahora está cautiva de Simakk, y eso complica mucho las cosas.

—Pero también me convence más que nunca de que debo buscar a Simakk hasta el fin del mundo si es preciso —manifesté con voz seca, cortante, sintiendo cómo crujían mis mandíbulas, dominado por la furia—. Voy a ir inmediatamente a Egipto, señor.

—Entiendo —afirmó él—. Zeena irá con usted. En cuanto a Aldriss, dado su estado físico, permanecerá cerca de ustedes dos, en contacto permanente para controlar en todo momento su situación y estado y servir de enlace con la Organización. Así, si algo sucede, enviaremos inmediatamente ayuda. Pero ¿se ha dado cuenta de lo que ocurrirá si falla su teoría, y Simakk no está en Luxor?

—Sí, señor —suspíré, malhumorado—. Que será punto menos que imposible dar con ese maldito monstruo de maldad... Pero algo me dice que no puedo estar equivocado, que mi teoría es cierta. Tengo que ir a Luxor.

CAPÍTULO VI

Luxor.

Un pueblo pequeño, pintoresco, lleno de mercados, bazares y callejuelas típicas, con docenas de vendedores ambulantes que a toda costa tratan de colocar al turista sus peculiares mercancías. A veces éstas son harto sospechosas, ya que si hubiera tantas reliquias y piezas legítimas obtenidas de las tumbas faraónicas, como sus vocingleros vendedores dicen poseer, todos los tesoros de los antiguos tiempos egipcios estarían en manos de los turistas.

Sobrevolamos la zona en un helicóptero alquilado en El Cairo, guardándonos muy mucho de descender o dejarnos ver por nadie. Simakk o su gente podían estar en cualquier parte, vigilantes, y apenas nos vieran a Zeena o a mí en Luxor, se apresurarían a desaparecer río arriba o abajo, cambiando la fisonomía de su yate nuevamente.

Yo poseía una fotografía del *Luxor*, la única obtenida en tiempos del Comando Q, pero sabía que no me servía de mucho. Podía tener ahora una estructura diferente por completo, que a vista de helicóptero le haría irreconocible para nosotros.

Anclados frente al pequeño muelle de pescadores de Luxor, se veían hasta ocho o diez embarcaciones a motor, dos de ellas pertenecientes a una compañía fluvial de viajes por el Nilo, y las restantes de turistas ricos o empresas internacionales en crucero por el fabuloso río.

—Uno de esos yates puede ser el *Luxor*, ¿verdad, Doug? —me preguntó Zeena, escudriñando con sus prismáticos el río.

—Desde luego. Pero también es posible que lo tenga anclado en otro punto, más abajo, en Dendera o algún sitio parecido. Incluso puede ocurrir que lo ancle lejos de las poblaciones, en algún punto cercano a las ruinas faraónicas que él tanto admira.

Mientras ella usaba los binoculares, yo tomaba filmaciones en

video de la escena situada a nuestros pies, y el piloto egipcio conducía con destreza el helicóptero, atendiendo muy bien mi indicación de que no se aproximara demasiado a tierra o al río, para evitar ser identificados.

Habíamos salido de los Estados Unidos usando pasaportes con nombre supuesto, secretamente, y sustituyéndonos adecuadas contrafiguras que fingían hacer nuestra vida normal en Nueva York, dejándose ver lo menos posible para evitar que descubrieran la superchería. La Organización cuidaba todos los detalles para que el astuto Simakk, que tenía ojos y oídos en todo el mundo, no llegara a sospechar que nosotros estábamos ahora tan cerca de él... si es que mi teoría era cierta, por supuesto, ya que en caso contrario de poco valdría aquel largo viaje hasta Egipto.

Sin embargo yo siempre he sido persona de intuiciones, y seguía dejándome guiar por ellas. Ahora una corazonada me decía que estaba en el camino cierto, que Jinx estaba cerca de mí. Y si estaba ella, también estaba Simakk en persona. Y la Máquina de Matar.

—¿Dónde tomaremos tierra, señor? —se interesó nuestro piloto tras dar varias vueltas a la zona y filmar yo lo suficiente del panorama visible bajo nosotros.

—Tierra adentro, en Abidos —contesté, tras consultar un minucioso mapa de la región—. Es un lugar tranquilo, pese al turismo que atrae su templo construido por Seti I, en culto a Osiris. Allí nos alojaremos, en las Tierras Negras que cultivan los campesinos egipcios, lejos de las rutas de mayor afluencia turística.

—Como quiera, señor, pero es una región bastante pobre y humilde —señaló el piloto—. Los agricultores son amables y hospitalarios, aunque mucho me temo que no puedan mostrarse demasiado generosos en ofrecerles comodidades, confort o medios modernos para su trabajo.

—No me preocupa, Ahmed —sonreí al árabe que nos conducía sobre el Nilo—. Llevamos con nosotros un buen equipo: grupo electrógeno, pantalla y aparato de video y un par de sacos de dormir. En cuanto a los alimentos, lo que esa buena gente nos ofrezca, será bien acogido, no lo dude.

Así fue. Aterrizamos en Abidos, en plena campiña egipcia, donde la gente aún trabaja con medios propios del pasado esplendoroso de su país, como si el tiempo no hubiera transcurrido. Fuimos bien

acogidos en casa de una familia de agricultores y saboreamos la carne asada y las verduras de su propia cosecha, regadas por una ligera cerveza elaborada por ellos mismos a la usanza de treinta siglos atrás, todo ello a la romántica luz de unas lámparas de aceite. Mirando al exterior, a la joya arquitectónica del Alto Egipto que era el templo de Seti I, uno sienta la escalofriante impresión de haberse adentrado por un túnel del Tiempo, hasta las épocas faraónicas.

Más tarde, en la tienda de campaña que nos dejaron extender en sus tierras de labranza, hicimos funcionar el grupo electrógeno y conectamos el vídeo, para contemplar la filmación hecha aquella misma tarde sobre los templos gigantescos de Luxor y las azules aguas del Nilo.

Pasé cinco o seis veces la grabación de vídeo, deteniéndola para la contemplación más cuidada de alguno que otro navío anclado en el río. Zeena fumaba cigarrillo tras cigarrillo en silencio, su mirada deslumbrante perdida en la pequeña pantalla.

De repente, pegué un salto. Detuve la grabación en la pantalla y señalé una embarcación esbelta, blanca y azul, anclada justo frente a la Montaña Tebana por un lado, y los balconajes y terrazas del hotel Etpa por el otro.

—¡Ahí! —grité roncamente—. ¡Estoy seguro, Zeena! ¡Hemos encontrado al *Luxor*!

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió ella, caminan de hacia la pantalla del televisor con gesto de curiosidad—. ¿Estás completamente seguro?

—Lo estoy. Hay algo que siempre traiciona a Simakk. Su amor por lo egipcio. Mira ese bello yate. No se parece en nada al que tenemos fotografiado como *Luxor*. Pero su nombre es significativo: *Karnak*.

—Puedes estar en un error. Mucha gente podría poner ese nombre a su barco, sobre todo aquí, en Egipto.

—Aun así, intuyo que es el *Luxor*. Simakk adora Egipto, idolatra a sus faraones y, sobre todo, le fascinan Luxor y el gran templo de Karnak, situado precisamente aquí. Por otro lado, si hacemos una reconstrucción caprichosa, verás cómo podemos convertir la imagen de ese barco en la del antiguo yate.

Se lo demostré casi de inmediato, haciendo un fotomontaje a base del *Karnak* y una serie de piezas diseñadas por mí, de acuerdo

a la estructura que poseíamos del yate original. Cuando hube terminado, miré satisfecho a Zeena. Ella asintió.

—Sí, parece el mismo —aceptó, cauta—. Y si lo es, ¿qué hacemos, Doug?

—¿Y lo preguntas? —Sonreí duramente—. Sólo queda una cosa por hacer: asaltar ese yate, entrar en él, liberar a Jinx Thorley y, a ser posible, destruir la máquina, cogiendo vivo o muerto a Elton Simakk.

—Nada más y nada menos —comentó ella burlona—. ¿Nosotros dos solos, Doug? Es de suponer que, al menos, ese yate tenga una tripulación de veinte hombres.

—Lo sé. Hemos hecho las cosas a veces en igual inferioridad numérica, Zeena. Hay que correr el riesgo y salvar la vida de Jinx por encima de todo.

—Jinx, ¿eh? —Las pupilas verde violáceo de ella se clavaron en mí, pensativas—. Creo que te gusta esa chica, Doug. Lo estás haciendo todo por ella, no por la Organización ni por los miembros del Comando Q. ¿Me equivoco?

—Sólo en parte. Empecé esto por todos nosotros. Y lo sigo también por Jinx. Sí, la chica me gusta. Como me gustas tú, claro. Pero no es mi prometida ni nada de eso. No me ha dado nunca la menor esperanza, si te refieres a eso.

—Ya Pero te gustaría ser el caballero andante que la salvara de las garras del dragón —bromeó ella.

—Su padre y yo fuimos grandes amigos. Ella también lo es. Peligra en manos de un loco sanguinario como Simakk. Mi deber es intentar rescatarla sana y salva, aunque mi verdadera misión consista en capturar a Simakk y destruir sus proyectos criminales, Zeena.

—Está bien, no busques más excusas —suspiró ella, caminando hacia su saco de dormir. La luz eléctrica daba un tono dorado sedoso a sus muslos, desnudos hasta los bordes de su corto pantalón blanco de hilo. A contraluz, se dibujaba la nitidez agresiva de sus pechos—. Es tarde y voy a dormir un poco. ¿Cuándo será el asalto al yate?

—Mañana por la noche, sin demora —anuncié roncamente—. Voy a emitir un mensaje por radio a Robín Aldriss para que informe de todo esto al Jefe. Y planearé nuestro medio de ataque al *Karnak*.

—Falta hará tener un buen plan, Doug —murmuró mi compañera—. Va a ser como meterse de cabeza en un avispero...

El azul se volvía negro con la noche. No había luna, y las estrellas, aunque ludan radiantes en un cielo limpio y sin nubes, no bastaban para dar color alguno a la superficie del ancho Nilo.

Nosotros también vestíamos de negro intenso: goma negra en el traje de inmersión que se ceñía a nuestros cuerpos, casquete de igual material y color, gafas para el rostro y aletas para los pies. Nadábamos sumergidos bajo la quilla del yate, en la oscuridad fría de las aguas.

La esfera luminosa de mi reloj marcaba las once en punto. Era buena hora para intentarlo. Ya no había apenas luces en la cubierta del yate. Sólo las de situación y una solitaria en el puente. Esperaba que sólo estuvieran en pie los tripulantes de servicio, que de no che siempre acostumbran a ser pocos, a menos que exista un estado de alerta a bordo.

Zeen era tan buena nadadora y submarinista como yo mismo. En realidad, todos los miembros del viejo Comando Q, habíamos sido seleccionados entre la élite de la Organización. Zeena DeLance no tenía que envidiar nada a cualquier hombre en cuanto a facultades físicas, experiencia, habilidad y dominio de muchas facetas importantes en la lucha por la supervivencia. La lucha sin armas, los deportes violentos y el entrenamiento intensivo habían sido siempre sus mejores recursos.

Llegamos a la popa del *Karnak*, y lancé un sedal negro con un adhesivo y un garfio muy especiales. Al segundo intento se afianzó en la borda, y lo tensé, empezando a subir por él sigilosamente. En la negra no che egipcia, mi negra figura chorreante apenas si era visible. Una vez arriba, comprobada la soledad de aquella zona de la cubierta, ayudé a subir a Zeena, que lo hizo elástica y felinamente. Su cuerpo era un armonioso manojo de músculos y nervios moviéndose como los de un gato en las sombras nocturnas.

—Todo bien de momento —susurré—. No parecen recelar nada a bordo.

Ella asintió, mirando en torno. Empuñábamos silenciosas armas automáticas de gran calibre, pistolas especiales cuyas balas, pese al sigilo con que podían ser disparadas por los largos cañones

silenciados, reventaban en el blanco, una vez perforado, causando destrozos mortales incluso a un elefante. Eran proyectiles de seguridad Glaser, con cápsulas de cobre que contenían munición número doce en una suspensión de teflón líquido. Los efectos de una de esas ligeras y terribles balas eran realmente devastadores cuando se dispersaba su carga en la carne humana. Yo no conocía a nadie que hubiera sobrevivido a una de esas balas, la verdad.

La buena fortuna duró poco tiempo. Habíamos dejado atrás uno de los ventiladores de a bordo para renovación de aire en el interior del yate, cuando tras una escalera ascendente, aparecieron dos hombres de piel oscura, evidentemente árabes, que se nos quedaron mirando con el asombro pintado en su rostro. Aún no sabíamos si aquel yate era el de Simakk o no, de modo que no nos era posible abatir mortalmente a nadie sin esa certeza. Por ello, en vez de disparar mi 44 con balas Blaser, enviándoles al infierno de golpe y porrazo, opté por usar otra arma que sostenían los dedos de mi mano izquierda. Era tan eficaz, silenciosa y rápida como la otra, pero sus efectos distaban mucho de ser letales.

Disparé aquel arma liviana, de largo cañón, que escupió algo con un doble chasquido muy semejante al que produciría un pequeño cerrojo. Los dos árabes se pararon en seco, abrieron sus bocas para gritar algo... y no dijeron nada. Se desplomaron de bruces en medio de la cubierta, como si les hubiera fulminado un rayo. Los dardos de sustancia narcótica que disparaba mi arma hubiesen dormido en una décima de segundo incluso a un búfalo, de modo que una persona, apenas recibía la carga en un punto concreto, como la garganta, sentía paralizados de inmediato sus nervios y músculos, y se desplomaba inconsciente, sin tiempo para gritar.

—Buen tiro —aprobó Zeena, risueña—. Sólo faltaría que este yate fuese el de un inocente potentado en viaje turístico por el Nilo.

Sonreí, meneando la cabeza. Me acerqué a los dos árabes inconscientes. Les registré. Alcé en una de mis manos dos pistolas automáticas de diseño bastante sofisticado. Se las mostré a Zeena.

—¿Crees que los tripulantes de un yate vulgar llevarían esto? —indagué.

—Hum, no sé —dudó ella—. Tiene un aspecto bastante sospechoso, la verdad. Son armas muy modernas y poco corrientes.

—Sigamos —apremié—. Estoy cada vez más seguro de que hemos acertado...

Continuamos adelante, tras tirar las armas al río. Vislumbré una puerta iluminada, que conducía a un corredor situado a nivel inferior, tal vez en zona destinada a camarotes. Se lo señalé a mi compañera, que afirmó con la cabeza.

Fuimos en esa dirección con andares lo más sigilosos posibles. Cerca ya de la entrada, tuve que tomar a Zeena con un brazo, y tirar de ella hacia atrás, metiéndonos entre una escalera y un respiradero, justo a tiempo.

Otros dos tripulantes, de igual raza que los anteriores, sallan charlando animadamente entre sí. Observé que llevaban igual clase de armas al cinto. Su conversación era en árabe, y aunque domino algo de esa lengua, no era lo suficiente para seguirles el tema fielmente. Esperé, conteniendo el aliento, pegado a Zeena de tal modo, que las puntas de sus erectos senos, dibujados contra la goma negra del traje de inmersión, se apretaban duramente contra mi propio torso, y su aliento rozaba mi boca. En la penumbra, sus ojos verde-violáceos brillaban deliciosamente.

Los árabes pasaron por nuestro lado. De su verborrea me resultó inteligible la frase de uno de ellos: «... y la chica está descansando ahora. Esperemos que colabore. No me gusta que hagan daño a una mujer». El otro afirmó, respondiendo algo que ya no oí.

Ahora sí. Me palpitaba fuertemente el corazón y también sentía latir las sienes. Estaba seguro. Había acertado. El yate *Karnak* era el *Luxor*. «La chica» debía ser Jinx. Y si no colaboraba con su raptor, la dañarían, eso era obvio. De momento, parecía no haber colaborado, aunque me preguntaba qué podía saber una chica como Jinx de computadoras, por mucho que su padre fuese un genio; ella jamás estudió electrónica siquiera, eligiendo el camino de la profesión periodística en radio y televisión.

—Seguro que es éste el lugar —musité a Zeena—. Vamos, es posible que la tengan cautiva en alguno de los camarotes de ahí dentro. Es preciso rescatarla previamente. Entonces, tal como hemos convenido, tú huirás con ella y yo me quedaré a cubriros, luchando contra Simakk y su pandilla hasta que lleguen refuerzos.

—Sigo pensando que es un plan demasiado arriesgado —susurró ella, encogiéndose de hombros—. Pero si tú lo has decidido...

adelante, superhombre.

Sonreí. Echamos a andar nuevamente hacia la luz del corredor interior. Fue un error.

Repentinamente, aparecieron otros dos hombres en la puerta. Al vemos, se quedaron de una pieza. Uno gritó, pese a que disparé de inmediato mi arma compasiva, abatiendo a ambos.

Los otros dos giraron la cabeza al oír el grito, y desenfundaron sus pistolas para dispararlas sobre nosotros. Le entendí perfectamente a uno de ellos esta vez, pese a hablar en árabe:

—¡Avisa al patrón, pronto! ¡Hay que dar el alerta! ¡El señor Simakk debe saber que hay intrusos a bordo!

Ya no había duda alguna, aunque yo jamás la tuve. Eran esbirros del asesino e iban a tirar a matar. Nos anticipamos Zeena y yo. Nuestras terribles 44 abrieron fuego en silencio. Hubo tres o cuatro silbidos como de culebra furiosa. Ambos árabes, con un pequeño boquete en su epidermis y un destrozo horrendo en su interior, rodaron por la cubierta, con expresión de dolor y angustia, quedando inmóviles de inmediato, con el cuerpo convulso y encogido por la veloz agonía de su carne reventada.

Pero desgraciadamente, uno de ellos, en su última convulsión, tuvo fuerzas para apretar el gatillo de su arma con un dedo crispado por la muerte. El pistolón rugió en la noche como un cañonazo que rompiera bruscamente el silencio en mil pedazos. Incluso allá, en las orillas del viejo Nilo, las aves se elevaron en vuelo sobresaltado, por encima de las palmeras, asustadas por el inesperado estruendo.

De inmediato, a bordo de la nave sonó el alarido metálico de una sirena de alarma. Un sistema acústico de alarma había sido automáticamente activado al sonar el disparo. La lucha sigilosa y por sorpresa había terminado.

—¡Pronto, Zeena, ahora las cosas se pondrán más difíciles! —apremié, corriendo hacia el interior del yate—. ¡Hay que encontrar lo antes posible a Jinx!

Se abrieron varias puertas ante nosotros. Emergieron hombres armados, de tez oscura. Disparamos ambos varias veces, abatiéndolos antes de que tuvieran tiempo de apretar el gatillo de sus armas. Cayeron cuatro como fulminados, y otros dos corrieron a encerrarse, para no ser víctimas de nuestras armas. Rápido abrí otras puertas cerradas que, hasta entonces, permanecieran

inmóviles.

Tras una de ellas, mis ojos dieron con Jinx Thorley. Y con su guardián armado.

El hombre, un fornido egipcio con fez roja, lanzó una imprecación contra la pared de la cabina, con el pecho reventado. Jinx despertó, mirándome aturdida. Sus ojos turbios, opacos, me hablaron de una mujer drogada, sometida a sedantes y cosas así. Aun de esa guisa, logró reconocermé.

—¡Doug! —balbució torpemente—. Doug, eres tú, amigo mío querido...

—Sí, ten ánimo —asentí—. Vamos a sacarte de aquí enseguida, Jinx.

Zeena, desde la puerta, mantenía a raya a los demás, haciendo disparos de vez en cuando. Cargué con Jinx, que se tambaleaba al caminar, y la llevé hasta ella. Mi compañera meneó la cabeza preocupada, apenas la vio.

—La drogaron —confirmó—. Va a costarle caminar por su cuenta, Doug. Y más aún nadar...

—Lo sé, diablos —refunfuñé—. Llévatela, de todos modos. Esto va a ser muy pronto una colmena furiosa. Vamos, ¿a qué esperas? Yo me ocupo de esos tipos...

Zeena corrió con la aturdida Jinx hacia el exterior, disparando de vez en vez, mientras yo las cubría a ambas. Por fortuna, Zeena es una mujer vigorosa y podía llevar casi en volandas con un solo brazo a la infortunada hija de Thorley.

Por los altavoces de a bordo, una voz chirriante, que yo conocía bien, llegó a mis oídos:

—Supongo que es usted, Douglas Miller, la persona que tengo como invitada a bordo de mi barco. Sea bienvenido a él, y entréguese sin pelear más, o será hombre muerto. Es muy listo y audaz, pero no puede huir de aquí con vida. Será mejor que lo entienda así y se deje prender sin más problemas.

—¡No le será tan fácil terminar conmigo, Simakk! —rugí—. ¡Sabe que puedo darle mucha guerra todavía antes de que acabe conmigo!

—No diga tonterías. Aunque mate a varios de mis hombres, no podrá con todos. Y sus amiguitas tampoco van a poder escapar, no se haga ilusiones. Las matarán en cuanto pisen la cubierta, si usted

no se entrega ahora mismo, Miller.

Oí gritar a Zeena allá fuera. Me puse rígido. La risa de Simakk, a través de los altavoces distribuidos por el yate, crispó mis nervios furiosamente.

—¿Lo oye? Su camarada ha visto ya que la fuga es imposible. Daré orden que barran la cubierta con una descarga de ácido desde el puente. Ese ácido las abrasará a ambas sin remedio. ¿Qué decide, Miller?

No me gustaba perder. Nunca me gustó. Pero había perdido. Mi plan era demasiado descabellado, Zeena tenía razón. Debí pensar en el fracaso, y no lo hice.

—Está bien —accedí sordamente, tirando mi arma—. Me entrego. Simakk, maldito sea, pero no haga nada a las mujeres.

—Muy bien —rió la voz, triunfante, al tirar yo mi arma al suelo—. No tema. Ya se les ha conminado a rendirse sin luchar. Su amiga es inteligente y ha comprendido el fracaso. La puedo ver ahora por mi pantalla de circuito cerrado de TV. Se entrega. Ahora, ambos son mis prisioneros junto con la hija de Thorley, Miller. He vencido en toda regla a la Organización.

Lamentablemente, era cierto. Aquel monstruo de maldad había vencido. Y ahora, sólo Dios sabía lo que nos estaba reservado a los tres, en manos de alguien capaz de ser dueño de la muerte a distancia...

CAPÍTULO VII

Al fin lo tenía ante mí. Frente a frente los dos. Pero de poco o nada me servía. Elton Simakk era el más fuerte, el triunfador en aquel pulso. Tal vez el suyo era un triunfo definitivo. Y significaba mi propia muerte. La muerte de todos nosotros.

—Lo siento, Miller —me dijo fríamente, con helada sonrisa de triunfo—. Ha fracasado en toda línea. No sé cómo localizó mi yate, pero su plan era ridículo. Yo siempre tomo mis medidas para no ser sorprendido. Debí pensar en ello antes de arriesgarse tanto y de arriesgar a otra persona en ello. Aunque su sexo, en este caso, cuenta poco. Zeena DeLance es una mujer demasiado dura y poderosa para sentir especial compasión por ella o lamentar su próxima muerte.

Zeena le miró indiferente, sin decir nada. Incluso asomó a sus carnosos labios una sonrisa desdeñosa que me hizo admirarla más aún. Si tenía algún miedo por su vida, sabía disimularlo muy bien.

—No se preocupe por mí, Simakk —replicó secamente—. He sabido vivir y sabré morir aunque sea en sus sucias manos de psicópata ebrio de grandeza y poder.

Simakk bizqueó, algo irritado. No le gustaba ser calificado así ni le gustaba ver que su presencia no causaba impresión alguna a una mujer. Yo estudié con relativo interés su persona, tan desagradable y viscosa como siempre. Aquel cráneo suyo, reluciente y pelado, sus ojos eurásicos, rasgados y fríos, sus facciones blanquecinas, cadavéricas casi, la boca delgada y prieta, la figura huesuda y desgarrada, formaban un conjunto poco agradable. Por si fuera poco, su mano izquierda, ortopédica, no podía disimular pese a su perfección plástica que era una simple prótesis, recuerdo de nuestro último enfrentamiento en tiempos del Comando Q, cuando logré casi derrotarle de modo definitivo... pero sólo logré su mano como trofeo, en una lucha a muerte, mientras su criminal organización

internacional era aniquilada.

—Todos sus camaradas están muertos ya —dijo con orgullo—. El Comando Q casi en pleno no existe. Y todo, gracias a mí, a mi poder. Ahora terminaré con los que quedan. Ustedes dos... y Aldriss. También él morirá. Mi Máquina de Matar lo puede todo, ¿no es eso lo que vino a buscar aquí, Miller?

Me encogí de hombros con desgana, sin dignarme contestarle. Uno de sus esbirros armados me pegó un patadón en las costillas para ver si era más educado con su jefe. El propio Simakk evitó que me diera luego otro.

—Ya basta, Alí —cortó, autoritario—. Nada de palizas. Son mis prisioneros, pero también mis invitados. Elton Simakk no es un vulgar patán. Se les tratará dignamente. Luego, se les someterá a la Máquina, eso es todo. Sin barbaries ni rudezas de gañán.

—Ahora pretende ser un aristócrata del crimen, ¿eh, Simakk? —Reí sardónico, dominando el calambre doloroso que penetraba en mis huesos tras el puntapié.

—¡Lo soy! —Tramó él, encendidos de cólera sus ojos casi oblicuos—. Tengo el más grande poder del mundo. Soy el único ser humano capaz de matar a distancia limpiamente, sin violencias. Cuando venda ese ingenio a una potencia mundial seré el hombre más rico de la Tierra, Miller.

No dije nada, porque lo peor de todo es que el maldito loco tenía razón. Un modo así de deshacerse de poderosos enemigos mediante una emisión invisible de poder mortífero, haría felices a muchos países del mundo que presumían de civilizados y humanitarios.

Nos trasladaron desde allí a una cabina más amplia. Zeena y yo íbamos esposados, tal vez porque Simakk temía alguna jugarreta nuestra, pese a la abundancia de hombres armados que nos rodeaban en su yate. Sólo Jinx, bajo los efectos de las drogas todavía, iba libre, sin ligaduras, caminando como una sonámbula. Nos dejaron allí bajo la vigilancia de tres árabes armados de fusiles ametralladores, y Simakk fue a una cámara vecina, donde oí un zumbido tenue y el murmullo de voces. Me sentí levemente excitado. Aquel zumbido era mecánico. Podía tratarse del ingenio asesino, pensé. Y la otra voz que dialogaba con Simakk podía ser la del doctor Ilya Zeiff, creador del artefacto electrónico.

Me arrastré, como si me doliera bastante el costado golpeado, gemí roncamente, tumbándome en el suelo enmoquetado, bajo la mirada atenta y desconfiada de uno de los morenos esbirros de Simakk, que me encañonaba con su arma insistentemente, y traté de escuchar algo.

Mezclado con el zumbido del aparato, me llegó una voz aguda, expresándose en un inglés harto deficiente, con fuerte acento extranjero:

—... No, no y mil veces no, Simakk. Estoy seguro de lo que digo. No puede ser. Algo falla.

—¡Eso es ridículo, llya! —oí bramar a nuestro captor—. Usted sabe que resultó bien varias veces. Sabe que no hay dudas sobre eso. Lo ha conseguido.

—Estoy seguro de que no es así. Yo lo sé mejor que nadie. He fracasado. No sé por qué, pero he fracasado.

Oí maldecir varias veces a Simakk entre dientes. Luego le espetó con tono seco, incisivo:

—A esta distancia, no puede fallar, llya. Además, ni siquiera falló antes desde mucho más lejos. Eso está probado, ¿no? Hay cuatro personas muertas...

«Cinco», rectifiqué yo mentalmente. ¿Por qué Simakk no contaba al pobre viajante de comercio francés en su lista de víctimas mortales?

La voz de Zeiff me sorprendió de nuevo con sus palabras:

—No resultará, lo sé. No sé lo que pasó en las otras ocasiones, pero juraría que la máquina no ha respondido en ningún momento a lo esperado.

—¡Tonterías! —Se enfureció Simakk—. Vamos, llya, adelante. Demuestre que esa maravilla puede seguir matando, y déjese de temores necios. Espero la demostración.

Regresó junto a nosotros. Una leve congestión daba color a su esquelética faz. Le brillaban los ojos de ira. Miró a Zeena y habló fríamente:

—Lo siento, amiga mía. Le toca ya el turno. Reservo la última acción para Douglas Miller, mi gran adversario. Pero antes, tendrá que pasar por el amargo trago de verla morir ante sus ojos. Es una simple prueba de mi poder. ¡Adelante, llya!

Mantuve los ojos fijos en Zeena, tratando de infundirle valor,

serenidad ante el trance. Ella no lo necesitaba. Miró indiferente a Simakk, me dirigió a mí una ojeada firme y tierna a la vez, sonrió y se limitó a decir con voz enérgica:

—Adiós, amigo Doug. Espero que tú te salves de esta locura, cuando menos. Valió la pena intentarlo, créeme.

En la cámara vecina, el zumbido aumentó de grado. Simakk dilató sus ojos, radiantes, la mirada fija en Zeena. Yo también la miré, tenso, angustiado. La vi encogerse, parpadear con fuerza. Algo le ocurría, porque arrugó la frente, se agitó con una especie de espasmo y le temblaron los labios.

Maldije mentalmente a Simakk, deseé matarle. Después de todo, su odiosa máquina actuaba, pese a los temores de llya Zeiff. Estaban asesinando fríamente a Zeena delante de mis propios ojos. Y yo no podía hacer nada para evitarlo. La boca del cañón de un fusil ametrallador se apoyaba en mi pecho mientras Zeena agonizaba.

De repente, el zumbido se detuvo en la cámara vecina. Luego hubo un chasquido, percibí por la puerta entornada el destello de un chisporroteo violento. Una voz gimió, lanzando una serie de lamentos airados.

Zeena dejó de sufrir. La vi permanecer quieta, serenarse. Furioso, Simakk lanzó una imprecación y corrió a la estancia inmediata.

—¿Qué diablos pasa ahora? —rugió—. ¿Qué le ocurre a esa máquina, llya?

—Se lo dije, Simakk —respondió la voz—. No actúa. Lo intenté de nuevo. Se ha averiado. No logra más que causar espasmos y dolores, pero no... *no mata*. Ahora habrá que intentar repararla, pero sé que le falla algo, que no tendremos éxito... Simakk estaba lívido como nunca. Yo sonreí, complacido con su fracaso, aunque en mi mente se agolpaban montones de preguntas sin respuesta en este momento.

—Tal vez tendría que habernos dado otras estilográficas para que resultara, satisfactorio Simakk —comenté irónico.

—¿Estilográficas? ¿Qué estilográficas? —Se irritó, mirándome con odio—. ¿Qué tonterías está diciendo ahora?

Y volvió a meterse en el cuarto anexo, hecho una furia. Yo arrugó el ceño, cambié una mirada de perplejidad con Zeena, que

parecía ya muy recuperada del mal rato pasado, y creí advertir que en su mente se formulaba la misma interrogante que en la mía.

Pero, por fortuna para nosotros, no tuvimos tiempo de pensar demasiado. De repente se habían abierto las puertas del camarote a espaldas de los servidores árabes de Elton Simakk, sigilosamente, y media docena de hombres rana provistos de armas automáticas silenciosas, penetraron en la estancia con rapidez, apoyando sus pistolas en la nuca de los esbirros de Simakk.

—Ni un movimiento de resistencia —silabeó uno de los recién llegados—. Hay una veintena de nosotros en cubierta dominando la situación, dos navíos egipcios flanqueando este yate, y un helicóptero sobre el mismo, dispuesto a abrir fuego.

Respiré hondamente, aliviado. Zeena sonrió radiante.

—La Organización aún funciona —suspiró—. Menos mal que la que no funcionó fue la Máquina de Matar... o habríais llegado tarde para darme esta alegría, amigos.

De la media docena, tres fueron hacia la puerta inmediata, siguiendo un gesto de cabeza mío. Asomaron con sus armas en ristre y oí decir a uno de los hombres rana, con voz que conocía lo suficiente:

—Quieto ahí, Simakk. Y usted también, Zeiff. No nos obliguen a matarles. Su juego se ha terminado, esta vez definitivamente.

Oí un golpe seco en el interior. Uno de los hombres rana lanzó una imprecación. Yo le grité a quien capitaneaba el grupo salvador:

—¡Cuidado, Naish! ¡Simakk siempre guarda un triunfo en su manga!

Los tres entraron rápidamente en la estancia. Esperé, tenso. Edmond Naish, de los Servicios Especiales de Inteligencia en el Extranjero, regresó sombrío, me miró y afirmó con la cabeza.

—Es tarde —manifestó—. Tenías razón, Doug Simakk siempre guardaba un triunfo, pero esta vez no era en la manga, sino en su boca, y en forma de cápsula de cianuro. Al verse vencido, se ha matado. Sólo tenemos con vida a ese científico, Zeiff, muerto de miedo. ¿Es ésa la famosa Máquina de Matar? —Y señaló al interior, dubitativo.

Moví la cabeza con pesimismo, negativamente.

—Me temo que no, Edmond —dije—. Me temo que no...

Era un regreso triunfal, aunque no lo parecía.

Ni Zeena ni yo teníamos muchas ganas de charlar, pero ahora Jinx Thorley estaba recuperada de la acción de los sedantes, y charlaba por los codos, sin duda para resarcirse de su prolongado silencio mientras estuvo drogada, recordando su profesión de presentadora de TV.

—Ha sido una dura experiencia para mí —iba hablando mientras el reactor sobrevolaba el Atlántico, de regreso a los Estados Unidos—. Me sorprendieron en pleno descanso, me drogaron y apenas si recuerdo nada, salvo que les vi entrar en mi habitación violentamente, ponerme una inyección que me durmió de inmediato, y conservo vagas remembranzas de momentos de un viaje por el aire, del yate, de interrogatorios que no comprendía muy bien, sobre asuntos de mi difunto padre...

Asentí, la miraba perdida en las nubes.

—Buscaban algo que les hacía falta —admití—. Zeiff no parece tan buen experto en electrónica como lo fue tu padre, Jinx. Necesitaban la ayuda de la sabiduría y experiencia de Jason Thorley en ese terreno, sin duda alguna. Y pensaron en su hija como el medio idóneo de obtenerla.

—Creo que hice mal en guardar tanto tiempo los secretos de mi padre —dijo de repente ella, moviendo la cabeza.

—¿Qué? —La miré vivamente—. ¿De qué secretos hablas?

—Bueno, papá me confió apuntes suyos, documentos, estudios efectuados sobre la materia que tanto le apasionaba. Me rogó que nunca se los facilitase a nadie, porque eran sólo cosa suya y mía. Pero yo nunca tuve ningún entusiasmo por su vocación, y me limité a guardar en lugar seguro esos documentos en un dossier.

—Eso, sin duda, es lo que buscaba Simakk. Tal vez buscando perfeccionar su equivocado artefacto asesino.

—¿Equivocado? —dudó Jinx—. ¿Llamarías así a algo que causó ya tantas muertes, Doug?

—No, pero... —dejé la frase en el aire y volví a la carga sobre el otro tema: Dime, Jinx, ¿podríamos ver ese dossier tuyo con los documentos de tu padre?

—Por supuesto —asintió ella risueñamente—. Somos amigos, ¿no? Y siendo para la Organización, supongo que él no pondría la menor objeción. Si queréis, os lo enviaré de inmediato para su examen.

—Sí, por favor —acepté agradecido—. Es posible que esos documentos nos ayuden a luchar contra algo que todavía no entiendo bien.

—¿Luchar? —Jinx me miró, frunciendo el ceño—. No entiendo. Creí que con la muerte de Elton Simakk y la captura de la máquina y su inventor, estaba resuelto el caso definitivamente.

—Así tendría que ser, pero queda algo oscuro por resolver todavía. No dejes de enviarme esos documentos.

—Descuida —prometió Jinx—. Los tendrás en cuanto lleguemos; tienes mi palabra.

Zeena terció en ese punto, saliendo de su abstracción:

—Te aseguro que aunque temía morir en aquel momento, lo único que sentí fue un fuerte dolor de cabeza, vértigos y espasmos. Fue una suerte que la máquina se averiase tan oportunamente, ¿no?

—Sí, evidentemente fue toda una suerte —convine con la mente muy lejos de allí.

—Doug ¿por qué Simakk pareció ignorar lo que significaban las plumas estilográficas? —se interesó Zeena.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé. Pero creo que ésa es la clave de todo, aunque todavía no logro saber de qué...

Jinx nos miraba con gesto de perplejidad, pero ni Zeena ni yo le explicamos nada al respecto. Tal vez porque, entre otras cosas, ninguno de los dos hubiéramos sabido qué explicar.

CAPÍTULO VIII

Ronald Ambler, programador actual de Bertie, meneó la cabeza, tras echarle otra ojeada al aparato que habíamos traído desde Egipto para su análisis minucioso por parte de expertos en electrónica.

—No lo entiendo —confesó.

—No entiende, ¿qué? —me interesé.

—Cómo llamaban a esto Máquina de Matar. No creo que pueda matar a nadie. El principio de emisión de fuertes ondas de ultrasonido, mezcladas con radiaciones tipo *scanner* capaces de afectar órganos cerebrales o el propio ritmo cardíaco, parece bien aplicado. Pero mal desarrollado. En todo caso, esta máquina, a pleno funcionamiento, dirigida a alguna persona concreta, puede causarle trastornos psíquicos e incluso de lores físicos si la frecuencia de emisión se mantiene en ritmo creciente, pero dudo mucho que llegue a ocasionar una muerte fulminante.

—Es lo que quería oír, Ambler —asentí, pensativo—. Estamos de acuerdo en algo: esta máquina no es la asesina que estamos buscando.

—¿Entonces...? —El Jefe, presente en la charla, enarcó sus cejas, mirándome con estupor—. ¿No es cierto que han muerto ya varias personas bajo los efectos de esa transmisión de energía o de lo que sea? ¿No iba Simakk a vender ese ingenio asesino al mejor postor?

—Sí. Pero llya Zeiff, su inventor, tenía serias dudas sobre la efectividad del ingenio. Sólo la ciega obsesión triunfalista de Simakk le impedía admitir como cierta esa posibilidad negativa.

—Explíqueme, entonces, cómo murieron Matt, Aarón, Eric, Cliff... y el viajante francés en los Campos Elíseos, cuando usted mismo, Doug tenía que ser la víctima.

—No puedo decirle aún nada concreto. Tengo una idea, pero...

necesito probarla.

—Confieso que no entiendo nada, Doug —se irritó Bloxham—. Creíamos haber conseguido una gran victoria, teníamos al culpable, al mecanismo mortífero... y de repente es como si no tuviéramos nada.

—Tengamos un poco de paciencia. Hoy tendré unos documentos que, tal vez, expliquen todo esto de alguna forma, jefe. Le llamaré con lo que resulte, no se preocupe.

Jinx cumplió puntualmente su promesa. Esa misma tarde, recibía en mi domicilio mediante mensajero un sobre cerrado y lacrado, conteniendo un dossier de plástico con una serie de folios rellenos de letra manuscrita, de apuntes, de gráficos y planos de montaje, un par de agendas con tapas de hule y unas fotocopias de circuitos impresos de microordenadores. Todo ello con la firma del mejor científico electrónico de los últimos tiempos, nuestro genial Jason Thorley, desgraciadamente fallecido algún tiempo atrás.

Me senté a examinar todo aquello bajo la luz de una lámpara flexible, en la quietud y silencio de mi cuarto de trabajo. Nunca he sido precisamente un experto en la materia, pero tampoco creía que fuera necesario para tratar de encontrar allí un indicio, lo que fuese, de lo que Simakk buscaba con tanto afán secuestrando a la hija del creador de Bertie.

Llevaba algún tiempo examinando aquellos documentos, apuntes y libritos, cuando sonó el teléfono. Maldije entre dientes la interrupción y fui a descolgar el aparato.

—Miller —dije—. ¿Quién llama?

—Soy yo, Aldriss —sonó la voz de nuestro camarada ahora inválido por una inoportuna caída en Cortina, esquiando por cuenta de la Organización—. Quería llamarte para felicitaros por el éxito del trabajo en Egipto, Doug.

—Gracias. Robín. También a ti debo felicitarte. De no ocurrírsete la idea de solicitar ayuda urgente para nosotros, tal vez nos hubiéramos quedado para siempre en aquel yate.

—No tuvo importancia. Me preocupaba vuestra situación, y dispuse de un transmisor bajo la quilla del barco de Simakk. A través de él conocimos vuestra captura por parte de la gente de Simakk, y ordené con la máxima urgencia la intervención de nuestro personal en Egipto.

—Hablares de todo ello otro día, Robín. Ahora tengo trabajo con unos documentos, y eso me llevara varias horas.

—Igual me ocurre a mí. Los papeles de Thorley son bastantes complicados, la verdad.

—¿Los papeles de Thorley? —me extrañé—. ¿A qué te refieres?

—Bueno, ¿no te lo dijo Jinx? Me envió documentos de su padre para examinar, porque sospecha que en ellos puede estar la clave de la Máquina de Matar.

—Un momento. Yo tengo ahora esos documentos aquí, ante mi mesa —revelé sibilante.

—Tal vez, pero yo tengo copias de los mismos —rió Aldriss—. ¿Por qué habías de ser tú solo quien investigara? Todos fuimos miembros del Comando Q, ¿verdad?

Todos fuimos miembros del Comando Q...

Sí, Aldriss tenía razón. Él, yo... y Zeena. Una repentina angustia subió por mi pecho y me hizo sentir palpitaciones violentas en el corazón.

—¡Robín, aléjate cuánto puedas de esos papeles! —grité—. ¡Tira el dossier de Thorley lo más lejos que puedas de ti!

—Pero ¿qué estás diciendo? —se extrañó—. ¿Seguro que el sol egipcio no te ha recalentado los cascos, Doug?

—¿Es que no lo entiendes? —clamé—. ¡Esos papeles, Robín! ¡Son ahora *la terminal*! ¡Sustituyen a la pluma estilográfica y...! ¡Robín! ¡Robín, contesta!

Al otro extremo del hilo capté un jadeo, una especie de ronco estertor. El teléfono golpeó en alguna parte. La voz de Aldriss sonó ahogada, ronca:

—Doug... mi... mi cabeza... —jadeó—. Va a... a estallar... ¡Doug!...

Oí una especie de chillido escalofriante, que heló la sangre en mis venas. Luego, el golpe al otro lado del hilo fue aún más fuerte, y después se hizo totalmente el silencio.

—¡Robín! ¡Robín! —Seguí llamando.

Era en vano. Robín Aldriss no contestaba. Temí que ya nunca contestaría. Ahora sólo quedábamos dos miembros del Comando Q: Zeena y yo.

Rápido, colgué el aparato. Marqué, tembloroso mi dedo, el número de Zeena DeLance. Sentía correr un sudor helado por el

rostro y el cuello. La voz de ella sonó al otro lado, causándome un calambre de cierto alivio:

—¿Quién llama?

—Zeena, gracias a Dios... ¿Estás sola?

—Sí, ¿qué ocurre? —se sorprendió.

—Me temo que Aldriss ha muerto. Le han matado a distancia.

—¿Qué? ¿Es posible? —Se horrorizó—. Pero ¿cómo, Doug? ¿No estaba todo resuelto ya?

—Me temo que no. Zeena, ¿te han enviado algo a ti? ¿Algún documento, alguna cosa que hayas tomado sin sospechar, nada?

—Sí —se sorprendió—. ¿Cómo lo sabes? Jinx Thorley me ha enviado una agenda de su padre, llena de anotaciones. Dijo que la había encontrado tras enviarte a ti el dossier, y pensó en dármele a mí para que yo también examinara los apuntes de Jason Thorley y...

—¡Pronto! ¡Arroja lejos de ti esa agenda, tirla en cuanto puedas, ahora mismo! ¡No la toques, no estás cerca de ella!

—Pero Doug...

—¡Hazme caso, sin preguntas! ¡Aldriss ha muerto cuando yo le avisaba de eso mismo! ¡No pierdas tiempo, Zeena, *esa agenda es la muerte!*

—No entiendo nada, pero voy hacerlo —asintió—. La arrojaré por el vertedero de basuras...

—Sí, hazlo de inmediato. Luego, avisa a la Organización para que destruyan ese vertedero. Ahora, yo voy a ver si tengo tiempo de deshacerme de mi propia terminal asesina...

Corté la comunicación y corrí a la mesa de trabajo. Tomé todo el material de Thorley, incluida la carpeta plástica del dossier, y me precipité al triturador de basura, donde metí todo aquello rápidamente. Noté una leve punzada en mi corazón y me faltó el aliento para respirar.

Un sudor frío me asaltó. El corazón latía demasiado deprisa...

Cerré la tapa del triturador y lo presioné. Dentro hubo un chasquido seco. Y el corazón recuperó su ritmo. Sentí que la punzada letal se alejaba, se extinguía.

Había estado a punto de morir, lo sabía. Como Aldriss, como todos los demás. Unos segundos más al lado de aquel dossier, y ahora estaría muerto. Corrí de nuevo al teléfono, llamé a Zeena

para comprobar que ella también había tenido tiempo de librarse del diabólico receptor de muerte.

Cuando descolgó, mi alivio fue inmenso. Su voz sonó a melodía celestial:

—¿Sí? ¿Eres tú otra vez, Doug?

—Sí —jadeé—. Estuve a punto de caer. El corazón... Pero destruí el dossier en el triturador... Estoy a salvo. ¿Y tú?

—También. La agenda se fue por el colector. Ya he avisado a la Organización. Estará aquí en pocos minutos un equipo especializado para destruirlo todo. Pero Doug, ¿qué está ocurriendo? ¿Qué significa esto? ¿Dónde está esa máquina y quién la maneja?

—Creo que tengo la respuesta a todo eso —musitó—. La tuvimos siempre delante mismo de nosotros, pero los árboles nos impedían ver el bosque, querida...

—No te entiendo del todo, Doug...

—Pronto lo entenderás, Zeena —suspiré—. Voy a reunirme contigo. Iremos juntos a ver a Bloxham. Creo que el caso quedará cerrado dentro de poco... aunque te confieso que todavía no entiendo las razones exactas de esta locura.

Me dirigí a la salida. Abrí la puerta. Me quedé parado en seco.

—Hola, Doug —me saludó dulcemente ella—. Venía a verte. Estaba segura de que contigo no iba a salir bien. Eres demasiado listo, ¿verdad?

Me encañonaba con una pistola automática con silenciador. Estaba fría, distante, su bonito rostro hecho una máscara de crueldad y determinación.

—Jinx, ¿por qué haces todo esto? —murmuró roncamente.

—Entra y te lo explicaré —me invitó, tensando su dedo en el gatillo.

Obedecí. No tenía otro remedio.

—Te deshiciste del dossier, ¿verdad, Doug?

—Así es. Está triturado en las basuras.

—Lástima. Era más piadoso matarte así que directamente de un disparo.

La miré a los ojos. Sabía que hablaba en serio. Totalmente en serio.

—Era la nueva terminal, ¿verdad? —pregunté, un poco innecesariamente.

—Así es. Destruídas las plumas estilográficas, era preciso buscar otra terminal. Yo no caí en los errores de Zeiff. Sin terminal adecuada, las ondas letales no hacen efecto en el sujeto. Ese dossier llevaba un micro circuito especial para ello. Igual que el de Aldriss o la agenda de Zeena. Espero que ambos hayan surtido efecto ya. Pero presentía que tú me crearías problemas. Casi intuí que sospechabas la verdad cuando volvíamos a bordo del avión trasatlántico.

—No del todo, pero empezaba a ver claro algo. Si Zeiff había fallado, sólo un experto mejor que él podía triunfar. Sólo conocía uno en el mundo y estaba muerto: Jason Thorley.

—Es cierto —los ojos de Jinx brillaron de orgullo—. Fue el mejor.

—Y tú eras una alumna aventajada, aunque lo disimulaste siempre.

—No muy buena alumna —sonrió amargamente—. Me he limitado a completar su obra, pero no hay mérito alguno por mi parte, Doug. Yo apliqué sus creaciones cuando le falló el plan tan minuciosamente preparado durante años enteros.

—Pero tu padre está muerto, Jinx. Lleva unos años muerto. No pudo hacer todo esto sin una mano ejecutora: la tuya.

—Te equivocas. Es la grandeza de los hombres como mi padre. Su obra sobrevive a sí mismo, a su persona, a su propia vida. Lo planeó todo para vengarse después de muerto. Era demasiado buena persona para llevar a cabo su plan en vida. No hubiera tenido valor para ver morir a tanta gente a quien conocía y trataba.

—¿Quieres decir... quieres decir que él lo preparó todo para que actuase por sí mismo una vez muerto él?

—Así es, Doug Una máquina puede trabajar sin ayuda de nadie, si ha sido previamente programada. Eso es lo que hizo mi padre: programar una máquina perfecta, para que, en determinado momento, en una fecha posterior a su muerte, comenzase a emitir ondas mortíferas destinadas a los dueños de ciertas estilográficas manipuladas por él adecuadamente. Él tuvo acceso a ellas, por supuesto, y pudo prepararlas como quería sin que nadie sospechara de su persona.

—Y la máquina programada, mató en el momento elegido por su difunto creador...

—Así es. De ese modo, mi padre mató desde el otro mundo a Matt Walters, Aarón Stern, Eric Kyle, Clifford Lassiter... Y te hubiera matado a ti en París, de no perder tan oportunamente tu pluma, recibiendo otro la radiación letal.

—Es increíble. Una idea demencial. Un hombre prefiere morir antes que ver morir a otras personas a quienes él mismo ha sentenciado fríamente. Y una máquina actúa en su momento, comenzando a matar.

—Sí, Doug Yo me he limitado a suplir las plumas estilográficas con otras terminales distintas, de las que ninguno de vosotros sospechara. Ésa fue toda mi tarea en este asunto. Simakk no iba descaminado al secuestrarme. Era muy listo, sabía que mi padre había investigado en el mismo campo que llya Zeiff, pero con resultados muy distintos. Aquellos pobres diablos pensaban que era su máquina la que mataba... y en realidad era otra muy distinta la que lo hacía. Una máquina que no hacía falta ocultar, que estaba a la vista de todos, fuera de toda sospecha...

—Bertie —concluí yo con amargura, moviendo la cabeza.

CAPÍTULO IX

—Bertie, sí. La genial computadora de la Organización, la obra maestra de Jason Thorley —declaró ella orgullosamente—. Allí estaba programado minuciosamente el asesinato de cada uno de vosotros. Mi padre se fue al otro mundo muy tranquilo. Sabía que la computadora no fallaría. Bertie jamás fallaba.

—¿Por qué se borró la clave
YZ-3008?

—pregunté con voz ronca.

Jinx sonrió con una extraña expresión de dolor en su bello y frío rostro.

—Ah, eso... —musitó—. Él tuvo que ordenar que la máquina borrara por sí misma, tras el primer asesinato, todo lo relativo al Comando Q. La razón es obvia: si se consultaba ese informe allí memorizado, se podría descubrir el motivo de toda la obra ejecutora de mi padre.

—El motivo... —repetí, absorto—. El motivo, sí. Eso es lo que no logro entender, lo que no me entra en la cabeza, Jinx. El motivo. ¿*Por qué* estas muertes, por qué tu padre convertido en asesino a título póstumo, creando una terrible máquina criminal contra sus propios compañeros de trabajo?

—Porque vosotros, el Comando Q, matasteis al que él más quería.

—¿Nosotros? —repetí, estupefacto.

—Así es —había lágrimas en los ojos de Jinx—. Yo... yo no conocí siquiera a mi madre. Se separaron antes de ser yo una muchacha en edad de razón. Pero pese a la separación, él seguía amándola. A ella y al niño que ella se llevó consigo, hijo también de mi padre, hermano mío. Y vosotros matasteis a mi madre y a mi hermano.

—Pero Jinx, ¿qué locura es ésta?

—Locura, la que hicisteis vosotros en África, ¿no la recuerdas ya? Un lugar en la selva, en Mowanga... Un poblado nativo, gente negra y blanca... Una matanza...

—Dios... ¿Aquello? —Me estremecí—. ¿Qué tiene que ver eso con tu padre, contigo?

—Mamá estaba allí. Era enfermera. Iba a unirse de nuevo a mi padre, tras años de separación, iban a ser felices otra vez. Estaba con su hijo pequeño, con mi hermano, que ahora tendría once años... Y vosotros arrasasteis todas esas vidas, asesinasteis a blancos y negros, como otros asesinaron en Vietnam o en Corea... o en Hiroshima y Nagasaki. Todo en nombre de la civilización, del país, de nuestros ideales, de Occidente, de todas esas mentiras que os inventáis todas las organizaciones como la tuya.

—Espera, Jinx. No trataré de justificar nada. Pero aquello no fue como dices. A tu madre, a tu hermano, a tantos otros, les había drogado Simakk, eran autómatas hipnotizados, convertidos en asesinos, con flechas y lanzas envenenadas, con armas destructivas, atacándonos ferozmente... Tuvimos que disparar. Matar o morir, Jinx, eso fue todo. Fue bárbaro, sangriento, sí. Pero inevitable.

—Mi padre no lo entendió así. Leyó los nombres de las víctimas identificadas, cuando pasaba a la memoria de Bertie los informes del Comando Q. Disimuló su horror, su dolor, su rabia, su odio. Y preparó minuciosamente su plan de venganza. Sólo me lo confesó antes de morir. Yo le prometí ayuda si era necesaria. Ahora ya lo sabes todo. Hubieras encontrado el nombre de Allyson Thorley y Jason Thorley, júnior, entre las víctimas de Nowanga, de no programar el borrado de la clave

YZ-3008

para después de su muerte...

—Y ahora piensas completar su venganza, convirtiéndote tú misma en una asesina.

—No tengo otro remedio, Doug Ya he matado a otros: Aldriss, Zeena.

—A Zeena, no —rechacé—. Vive. Y sabe todo. La avisé a tiempo. La Organización está ahora destruyendo la terminal que enviaste en aquella agenda... Sólo Aldriss ha muerto. No aumentes más tus crímenes, el peso de tu conciencia, Jinx. No es justo que el odio de otras personas haga de ti una criminal.

—Me tratas de disuadir en vano, Doug —me atajó secamente—. Todo ha terminado para ti. Lástima que tenga que hacerlo por mí misma. Me gustabas. Incluso es posible que de no mediar todo esto, hubiera habido algo entre nosotros y hubiésemos sido felices ambos... Adiós, Doug No te haré daño, palabra. No soy tan malvada...

Apuntó a mi corazón para darme una muerte piadosa. Pero no le di las gracias por ello.

El disparo le arrancó el arma de la mano.

Gritó, mientras la sangre cubría sus dedos y la pistola silenciosa rodaba por el suelo, lejos de su alcance. Me quedé mirando fría, patéticamente casi, lo que sucedía ante mí.

Una vez más, la Organización daba muestras de su eficacia. Rodearon a Jinx Thorley en un momento, le abrieron la boca con rapidez y lograron arrancarle de una muela la cápsula de veneno que iba a ingerir al verse capturada.

Luego, se la llevaron a rastras, esposando su mano sangrante a la otra ilesa. La oí gritar, insultarles, vociferar pasillo adelante. Respiré hondo, me pasé una mano por la frente y miré sombrío a Osgood Bloxham. El Jefe en persona había acudido al frente de sus hombres para sacarme las castañas del fuego en el momento preciso.

Jinx ni siquiera había advertido su presencia, a espaldas suyas, mientras pronunciaba sus palabras de despedida. Sabían ser muy diestros mis camaradas en eso de entrar sigilosamente en un sitio.

—Bueno, Doug, ya está a salvo —resopló el Jefe—. La cosa fue por poco, ¿eh?

—En efecto. No sé cómo agradecerle el detalle —dije socarrón—. ¿Cómo diablos se enteró de que la hija de Thorley me tenía contra las cuerdas?

—Muy simple. No somos tontos —sonrió de oreja a oreja—. Desde estos últimos tiempos había dispuesto un sistema de televisión en circuito cerrado dentro de casa de cada uno de mis hombres, por si acaso. Esa escena entre usted y Jinx ha quedado grabada perfectamente. Apenas vieron lo que sucedía, me avisaron desde la cabina de control del circuito, y acudieron mis hombres aquí. Yo me uní a ellos para no perderme este final.

—Circuito cerrado, ¿eh? —Gruñí, mirando las paredes y techos—. ¿Dónde está el objetivo de la cámara?

—Ahí —rió, señalando un punto del techo—. Es casi invisible. Microelectrónica. De eso también saben mucho nuestros expertos, aunque no sean un Jason Thorley.

—Ya veo. ¿Aldriss está...?

—Muerto, sí. Derrame cerebral. Esa muerte se le imputará a Jinx Thorley, no a su difunto padre, Doug. Lo siento por usted. Era buena amiga suya, ¿no?

—Lo era —asentí—. Hablando de amigas, imagino que Zeena...

—Está bien. Destruimos la terminal en la basura. Creo que ahora esa pesadilla ha terminado. Bertie será desconectada, por si acaso, hasta que un equipo de expertos desprograme de su memoria todo lo relativo al plan criminal de Thorley.

—Sí, será lo mejor —asentí, encaminándome a la salida.

—¿Adónde diablos va ahora, Doug? —quiso saber Bloxham.

—A ver a una amiga —suspiré—. Tengo que hablar unas cuantas cosas con Zeena DeLance. E invitarla de paso a cenar conmigo esta noche... Bloxham puso cara de circunstancias, pero no dijo nada.

FIN

GAÑE 1.000.000

DE PESETAS

GRAN CONCURSO MENSUAL

CUPON VÁLIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE

POBLACION

PROVINCIA.....

• INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 030494

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA

75 PTAS.

IMPRESO EN ESPAÑA



NOTAS

[1] DST: Direction de la Surveillance Du Territoire. Es el organismo encargado del contraespionaje francés. (N. del A.). < <